

# CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO  
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## SAN JOSÉ, PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

La *nueva* «Pasión  
de Cristo»,  
de Mel Gibson

San José,  
modelo del  
Apostolado  
de la Oración

San José,  
patrono  
del Concilio  
Vaticano II

Monseñor Belsunce,  
el obispo confiado  
en la Misericordia  
del Corazón  
de Jesús



«Si se volviese a reflexionar sobre la participación del Esposo de María en el misterio divino podría la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad...»

Año LXII- Núm. 884  
Marzo 2005

JUAN PABLO II: Exhortación apostólica  
*Redemptoris Custos*

## Sumario

La «nueva» PASIÓN DE CRISTO, de Mel Gibson. <i>José M<sup>a</sup> Petit Sullá</i>	3
San José, patrono universal <i>Francisco Canals Vidal</i>	6
José, padre y «salvador» del Salvador del mundo. <i>San Juan Crisóstomo</i>	8
José, padre del Hijo de Dios <i>San Agustín</i>	10
«Este Padre y Señor mío» <i>Santa Teresa de Jesús</i>	12
San José en las canciones de san Luis M. <sup>a</sup> Grignon de Montfort y en las poesías de santa Teresa del Niño Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta del Villar</i>	13
San José, patrono de la Iglesia católica. «Le hizo Príncipe y Señor de su casa». <i>Pío IX</i>	17
San José, modelo del Apostolado de la Oración. <i>Enrique Ramière, S.I.</i>	18
Carta encíclica «Quamquam pluries» <i>León XIII</i>	19
San José, padre de todo el linaje humano. San José, Patriarca del Pueblo de Dios, cuerpo místico de Cristo. <i>Josep Torras i Bages</i>	22
En el cincuentenario del patrocinio de san José sobre la Iglesia <i>Enrique Reig y Casanova</i>	23
La omnipotencia suplicante de san José. Guía de los católicos frente al ateísmo comunista. Se revela a José el misterio de la Encarnación. Misión oculta y grandiosa. Sólo María está más cercana a Dios. <i>Pío XI</i>	27
Protector de la Iglesia universal y patrono del Concilio Vaticano II <i>Juan XXIII</i>	29
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XX). Monseñor Belsunce, el obispo confiado en la misericordia del Corazón de Jesús para con su pueblo <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	31

[Y nuestras secciones habituales]

## RAZÓN DEL NÚMERO

SE cuenta que el beato Pío IX, tras la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen encargó al pintor Andre Barti un cuadro que representara la proclamación de aquel dogma. Al cabo de unos días, el artista presentó al papa un esbozo del cuadro. Después de observarlo, Pío IX preguntó: «¿Dónde está san José?». «Aquí, Santidad», respondió Barti, mientras señalaba al Santo entre una multitud de otros bienaventurados. «No es aquí donde hay que ponerlo –replicó el papa–. Déle en el cielo el mismo lugar que Dios le asignó en la tierra, junto a Jesús y a María». La anécdota puede servir para ilustrar la historia de la devoción a san José, en lento progreso desde los primeros siglos del cristianismo hasta hoy. A Pío IX le corresponde uno de los hitos de este progreso: la proclamación del Santo como patrono de la Iglesia universal. Pero no es el primero en la historia: este honor corresponde, sin duda, a santa Teresa de Jesús, que llamaba a san José «este Padre y Señor mío»: su apostolado, la expresión ferviente de su convicción marcaron una época en la vida católica. Baste recordar que a partir de ahora, y por la acción de las carmelitas descalzas, y también de la rama masculina de la Orden, se empezaría a poner el nombre de José a los bautizados. A santa Teresa acudirán quienes sienten la vocación de ensalzar al santo Custodio a través de la predicación y el estudio, desde san Alfonso María de Ligorio a Juan Pablo II. Dios lo quiso así, quizá porque era necesario que primero quedara plenamente definida y defendida la doctrina trinitaria y cristológica, y señalado el lugar único que en la economía de la Salvación –y en el cielo y en la tierra– ocupa la Virgen María. Parecía también como si la Iglesia y los fieles hubieran querido respetar la humildad de un hombre que ocupa tan poco «espacio» en los Evangelios. Pero la humildad es una virtud, no la ausencia de virtudes o de méritos; y estos méritos son: su inserción en el orden de la Encarnación, su colaboración a la obra redentora, la eminencia de su santidad, por la que sólo María está más cercana que él a Dios, la eficacia universal de su intercesión. Es lo que hemos querido destacar al publicar esta antología de textos magisteriales y doctrinales.

San José, patrono de la Iglesia universal, san José, padre del Salvador del mundo, padre del Hijo de Dios; san José, padre de todo el linaje humano, patriarca del Pueblo de Dios; san José, guía de los católicos frente al ateísmo comunista; san José, patrono del Concilio Vaticano II, modelo del Apostolado de la Oración, patrono de los obreros, de los moribundos... La devoción popular corre parejas con el magisterio pontificio y la teología va profundizando en el papel que al santo patriarca le corresponde en la teología de la Salvación y en la custodia providente del Pueblo de Dios. De todos los atributos, de todas las advocaciones, quizá ninguna tan entrañable y sentida como aquella que generaciones y generaciones hemos rezado y rezamos: «un padrenuestro a san José para que nos alcance una buena muerte», mientras imaginamos a san José agonizando rodeado de la Virgen y de Jesús...

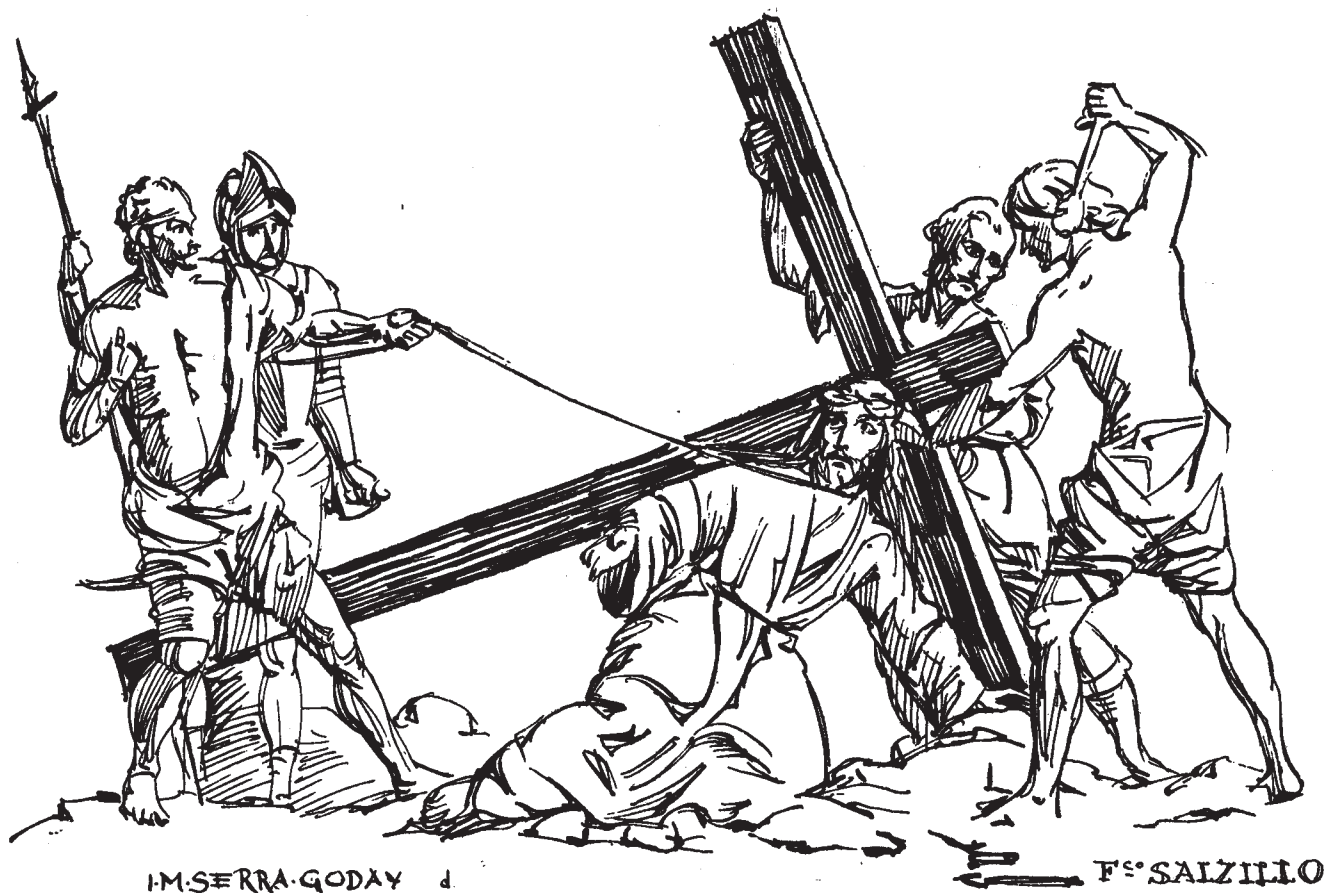
Edita  
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre  
Redacción y Administración  
Duran i Bas, 9, 2<sup>a</sup>  
Tel. y Fax 93 317 47 33  
08002 BARCELONA  
<http://www.orlandis.org>  
E-Mail: [regnat@telefonica.net](mailto:regnat@telefonica.net)

Imprime: Augusta Gràfics, S.L. - D.L.: B-15860-58

# La «nueva» PASIÓN DE CRISTO, de Mel Gibson

JOSÉ M<sup>a</sup> PETIT SULLÁ



**H**EMOS leído recientemente en la prensa que la película «La Pasión de Cristo» del director y productor Mel Gibson, estrenada hace un año, se va a exhibir en las pantallas, de nuevo, con un recorte de siete minutos respecto a la versión anterior a fin de hacerla asequible —como ha dicho expresamente— a un público más extenso. Esta decisión no significa que Gibson reconozca que la película era en exceso violenta sino que el mensaje esencial de la película, que es acercar el hecho histórico de la Pasión de Cristo a los espectadores, se puede transmitir igual si se recortan siete minutos —no sabemos todavía cuáles al escribir estas líneas— de aquellas escenas que pueden ser más hirientes para la sensibilidad actual. Esta noticia nos invita de nuevo a referirnos a esta magnífica interpretación lograda por el director Mel Gibson y plasmada admirablemente por el actor Jim Caviezel. Una referencia solamente en torno al tema del sufrimiento de Jesús por mor de la crueldad de sus carceleros y verdugos.

Lo que ante todo se ha de aplaudir de esta decisión es que muestra el verdadero interés de su autor

en que la cinta llegue, todavía más, a todos los públicos y sea realmente un marco particularmente próximo para nosotros de los sucesos reales que acontecieron en Jerusalén hace dos mil años y de los que el protagonista es nada menos que el mismo Dios hecho hombre, Jesucristo que sufrió tales tormentos sólo por razón de nuestra salvación. La intención de este retoque es, pues, exclusivamente apostólica, misional, como lo es la película en sí misma.

Como lo presenta magníficamente la película desde el comienzo, Cristo asumió con plena conciencia, manifestada en la oración del Huerto de los Olivos, los pecados de la humanidad para su completa redención. Es éste el núcleo y la intención de la película: mostrar el carácter redentor de la Pasión de Cristo. Ahí cobran sentido unas tentaciones del demonio en el Huerto de los Olivos, audazmente simbolizadas en el mismo comienzo de la película con la aparición de una serpiente, que expresan el drama de un Hombre-Dios que asume el papel de redentor entre el pecado humano y la justicia divina. La serpiente le dice a Jesús que su misión salvadora es impracticable.

Acerca de la razón del sufrimiento del Huerto en que Cristo vivió una verdadera agonía psicológica, que le hizo decir a sus discípulos «mi alma está en una tristeza máxima hasta la muerte», según el relato de Mateo y Marcos, caben tres posibles interpretaciones. La primera, la más obvia pero quizá menos completa, sería que Jesús, en tanto que Dios, tuvo previo conocimiento de los sufrimientos que le esperaban en la pasión y que, siendo éstos de tal intensidad, le habrían provocado aquella agonía psíquica en que llegó a sudar sangre, en unos grumos que llegaban hasta el suelo, según Lucas, y exclamar aquellas tremendas palabras en que la voluntad humana de Cristo parecía no querer aceptar tales sufrimientos pero se sometía en todo caso a la voluntad del Padre.

Otros añaden, en una arriesgada pero probable interpretación, que lo que realmente le hizo sufrir en tal grado fue el considerar –conocedor como Dios que era de todo el futuro de la humanidad– la inutilidad de su Pasión para todos aquellos que, despreciada su sangre y su entrega por nosotros, no querrían conocer ni aceptar «el don de Dios». Cuando uno ve a la actual humanidad correr alocada y empecinada hacia el orgullo máximo de sí misma hasta el desprecio total de Dios, esta interpretación se hace trágicamente verosímil y, en todo caso, fuente de meditación para los que no han sido cegados por el huracán de la incredulidad creciente de nuestro tiempo.

La tercera interpretación es la sugerida por el padre Ramière, S.I., al señalar que Cristo, el Mesías redentor, tuvo que asumir todos los pecados de los hombres precisamente para pagar por ellos y ser visto por su Padre como representando, de una forma misteriosa pero real, a esta humanidad pecadora. En esta perspectiva Cristo no sufre sólo como hombre ante un tormento horrible y prolongado sino que sufre, sobre todo, como Dios, a quien repugna de manera esencial e íntima el pecado en tanto que es una positiva y expresa aversión hacia Dios. Ciertamente san Pablo dice una expresión fuerte: «quien no conoció el pecado *se hizo* pecado por nosotros». Dios Padre nos podía perdonar verdadera y totalmente con dos condiciones aparentemente inconciliables: el pecado mismo había de ser lo sacrificado, lo castigado, pero a la vez había de ser visto como expiación agradable a Dios. Entendemos fácilmente la segunda condición pero es misterioso el modo de realizar la primera. Ahora bien, esto sucedió en la realidad. «Al hacerse pecado» se produjo en Jesús una contradicción interna que su esencial santidad no pudo resistir. Se sintió en este sentido aborrecido por su propio Padre. La soledad y la angustia había de ser entonces total. Misterio grande por el que Jesús se siente enfren-



SERRA GODAY

tado a su propia esencia divina y a la unión consustancial al Padre eterno.

Las tres interpretaciones son compatibles y en cada una hallamos un motivo de meditación. Meditaciones que nos ayudan a vivir cristianamente la Semana Santa. Jesucristo sufre como hombre por un sufrimiento que conoce a la perfección por adelantado y lo asume plenamente; sufre también como redentor, que sabe que su redención necesita el complemento de nuestra respuesta para ser efectiva; pero sufre también como Dios –aunque este sufrimiento se ha de manifestar en su humanidad– al ver que asume como propio no sólo la mera naturaleza humana –que ya lo hizo desde la encarnación– sino el pecado mismo en toda su malicia en tanto que ofensa expresa a Dios.

Y del sufrimiento psicológico de Jesús pasemos al tema del crudo realismo de la Pasión, de la que tanto y tan mal se ha hablado por parte de los enemigos de la película, diciendo antes que nada que en esta cinta se buscó y se logró una narración lo más fiel posible a la verdad sin exageración alguna. Todas las escenas están muy meditadas para conservar el tenso equilibrio entre la crueldad de los romanos –protagonistas directos aunque sólo materiales de la crucifixión– y la actitud de Cristo, manso y silencioso, que no responde mal por mal, cumpliendo en todo momento lo que de él profetizó –no podemos olvidarlo nunca– un judío del Antiguo Testamento, el profeta Isaías, de una manera plena, más expresa psicológicamente incluso que la misma na-

rración objetiva de cualquiera de los cuatro evangelios. El testimonio profético de Isaías preside de modo expreso la película de la Pasión de Cristo de Mel Gibson.

Aceptamos, pues, por adelantado, esta nueva versión con un recorte de escenas crudas –las que sean– porque seguirá siendo válido de esta nueva versión lo que ya lo era de la primera. El realismo espiritual triunfa sobre la violencia por una razón muy sencilla: la respuesta de Jesús a esta violencia de los hombres recibida cruel e injustamente. En todas las escenas de la película hay un diálogo entre la crueldad de unos y la mansedumbre e incluso el perdón del otro. El triunfador de este diálogo cruel es la mansedumbre de Cristo. Mansedumbre que sólo puede encarnarse con tal intensidad en el Siervo de Yahvé.

Este diálogo hace que asistamos a una película que no ha de ser calificada –ni mucho ni poco– de violenta. La verdadera violencia que empapa el cine actual con su violencia externa y, sobre todo, con la interna, que transmiten los protagonistas –«buenos» y «malos»– no tiene nada que ver –está en las antípodas– de lo que vemos en la película acerca de la Pasión de Cristo. La mansedumbre del «Cordero» es quien preside y triunfa de toda situación de injusticia y de toda crueldad. No son los golpes ni los latigazos –dolorosos e inacabables además, como es histórico que fueron, por el testimonio de la Sábana santa– ni los martillazos ni otras crueldades –que parecían innecesarias incluso en un tormento de por sí ya suficientemente terrible– los verdaderos protagonistas del film. El único protagonista de la Pasión es Cristo. La Pasión no es algo objetivo sino subjetivo. La Pasión es –incluso en puro razonamiento natural– lo que le acaece a un sujeto, aunque tenga una causa exterior. Y en la Pasión de Mel Gibson se patentiza que es la Pasión «de Cristo». Y esto es seguro que se mantendrá plenamente en una versión ligeramente reducida.

Termino con una reflexión trivial y anecdótica, pero que viene al caso. De muy joven había sentido la tentación de no querer meditar demasiado la pasión de Cristo por creer que mi supuesta compasión, «com-pasión», se dirigiría meramente a un hombre maltratado, en un maltrato reiterado desgraciadamente miles de veces a lo largo de la terrible historia de la humanidad e incluso de la actual situación humana. Que no llegaría al misterio de la redención porque me quedaría en lo externo, en lo que tiene más que ver con judíos y romanos que con Cristo. No quiero achacar a los venerables predicadores de la Pasión la culpa de tal torcido prejuicio. Sólo quiero



señalar que en un tiempo en que muchos jóvenes no tendrán otro conocimiento de la Pasión del Señor que la que han «visto» en la película de Gibson, por providencia de Dios tendrán una visión cristiana, esto es, centrada en Cristo, de la Pasión. Porque a cada golpe, a cada latigazo, a cada martillazo, a cada afrenta física y moral, responde el rostro dulce y manso de Jesús. La violencia de los hombres existe –es nuestra violencia de pecadores– pero queda absorbida, sublimada y transformada en el rostro doliente, pero silencioso, sin ira, como de quien acepta no lo inevitable sino lo previamente querido. Para hacer más creíble y posible esta actitud nuestra ahí está la figura de María señalando el camino, la compasión por su hijo Dios y por sus hijos los hombres pecadores a quienes ella reúne. El contrapunto de la Virgen, continuamente presente en la película, pero sin protagonismo, nos muestra la verdadera actitud de toda contemplación de la Pasión de Cristo. Silencio, dolor, aceptación de la voluntad de Dios.

En resumen, la película nos acercará también, en esta ligeramente recortada versión, de forma meditativa sensible al misterio de la Redención. Para que puedan verla todavía más mujeres y hombres de nuestro tiempo tan falto de evangelización.

# San José, patrono universal

FRANCISCO CANALS VIDAL

**S**ANTA Teresa de Jesús, a quien Dios escogió como mensajera singular de la devoción al Patriarca san José, ejerció una influencia incomparable, de tal modo que puede decirse que su apostolado, la expresión ferviente de su convicción, marcó una época en la vida católica. Antes de santa Teresa y de la acción que, inspiradas por ella, ejercieron las carmelitas descalzas (y después también los frailes carmelitas que, por medio de san Juan de la Cruz, recibieron de ella la consigna de la Reforma o descalcez), nunca se había puesto el nombre del patriarca José a los que eran bautizados.

Los papas más devotos del Santo han afirmado que largos siglos de silencio han precedido, en la Iglesia, a la eclosión moderna de la devoción a san José. Aunque importantes afirmaciones de los predicadores y escritores cristianos desde los tiempos de los Santos Padres —así san Agustín y san Juan Crisóstomo— prueban que la devoción al esposo de María no es ninguna innovación o añadido infundado y accidental a la piedad cristiana, es cierto que es santa Teresa el instrumento elegido por la Providencia para una nueva época.

La institución de la fiesta litúrgica del Santo en el año 1621 por el papa Gregorio XV, su proclamación como patrono de la Iglesia por el papa Pío IX en 8 de diciembre de 1870, la luminosa y precisa enseñanza de la encíclica de León XIII *Quamquam pluries*, de 15 de agosto de 1889, la aprobación de la devoción a la Sagrada Familia por León XIII en 1892, pueden ser vistos como los precedentes de la acción fervorósima, «popular» e insistente del papa hasta ahora más activo y fervoroso, en este punto, en toda la historia de la Iglesia: el papa Juan XXIII.

Su invocación a san José y su exhortación cotidiana caracterizaron su pontificado y se concretaron en un hecho de trascendente importancia en la historia de la Iglesia, aunque extrañamente silenciado desde hace muchos años: Juan XXIII declaró al patriarca José patrono del Concilio Vaticano II.

Aunque una declaración así no tenía precedentes, y a pesar de que fue proclamada por Juan XXIII y Paulo VI en la apertura y clausura de todas las sesiones conciliares, y de que había sido oficialmente formulada en las bulas de convocatoria del Concilio y de clausura y promulgación de sus documentos, apenas ha sido recordada desde entonces hasta hoy, ni siquiera en momentos de conmemoración del Vaticano II.

Juan XXIII insistía con gozosa perseverancia en su alabanza e invocación de san José y quiso que el altar lateral, a la izquierda del crucero, de la basílica de San Pedro de Roma fuese como un cuadro expresivo del misterio de la Sagrada Familia de Nazaret, como un lugar mundial de peregrinación en que se invocase, por el mundo entero, aquel patrocinio de san José sobre los frutos del mensaje espiritual del Concilio Vaticano II. Así lo hace constar en su carta apostólica *Le voci*, de 19 de marzo de 1961.

El prolongado silencio posterior a la clausura del Concilio encierra, pues, un extraño misterio y suscita interrogaciones expresivas de la perplejidad y desconcierto por la que aquella omisión puede ser causa de inquietud y extrañeza.

Pero hay que tener en cuenta dos principios innegables, para evitar confusiones que llevan a errores que desorientarían no sólo la piedad hacia san José, sino la misma fe en la economía de la Salvación del mundo por la Encarnación del Hijo de Dios como hijo de María, la Virgen de Nazaret que fue esposa de José.

En primer lugar, el silencio sobre algo explícitamente enseñado por el Magisterio eclesiástico no minimiza ni deroga lo dicho o escrito por el mismo, que se mantiene vigente en la Iglesia y en cualquier ocasión oportuna puede, ulteriormente, ser reiterado y desarrollado por el propio Magisterio. Invocar un silencio para dar por caducada una enseñanza es algo totalmente infundado, y aun carente de sentido.

En segundo lugar, hay que recordar siempre que la ausencia de formulaciones solemnes con carácter de definición dogmática sobre verdades que pertenecen al misterio revelado no sólo no es argumento de carácter negativo, sino que, en bastantes casos, es consecuencia de la claridad y certeza con que son enseñadas en la Iglesia y creídas por los fieles sin ser puestas en duda por la Iglesia misma.

En estos casos, la anecdótica oposición de algunos escritores o teólogos no conmueven en ningún grado la certeza con que son creídas por la Iglesia misma. Así lo subraya el gran teólogo Bartolomé María Xiberta, que precisa que la ausencia de definiciones dogmáticas conciliares o pontificias es congruente con el hecho de la indudable profesión, por la Iglesia toda, de aquella verdad como perteneciente al misterio revelado, que es enseñado por el Magisterio ordinario como tal y que es creído por toda la Iglesia, pastores y fieles, con fe teologal.

Si alguien tuviese por cierto que no se han dado, en la historia de la Iglesia, definiciones dogmáticas sobre la virginidad perpetua de María (de la que en tantas ocasiones ha hablado, a lo largo de los siglos, la Iglesia, y que no negó Nestorio, ni los promotores de la Reforma protestante) no conmovería, en lo más mínimo, el innegable reconocimiento de su pertenencia a la fe universal de los fieles cristianos.

Sobre el patriarca José no se ha tenido que dar en la Iglesia nunca una formulación dogmática, pero esto mismo está acorde con la presencia de José en la fe del pueblo cristiano que, según el Concilio Vaticano II, habría que reconocer en la argumentación de la ciencia teológica como el primero y principal de los argumentos en favor de la presencia de una doctrina en el contenido de la fe.

El «lugar teológico» primero enseñaba ya, en el siglo XVI, Melchor Cano que es «la fe de la Iglesia». En algunos casos, si puede invocarse con certeza el hecho de una definición dogmática realizada por un concilio, e incluso el hecho mismo de la existencia de un concilio con carácter ecuménico, es algo que nos consta por la universal presencia de tal convicción en siglos posteriores hasta nosotros.

Si no hay actos de Magisterio solemne acerca de san José son muchos y concordes los actos de magisterio ordinario que dan testimonio de cuál es la fe de la Iglesia sobre el santo Patriarca. Es muy digno de notarse que la citada encíclica de León XIII *Quamquam pluries* es explícitamente un testimonio dado por el supremo magisterio de cuál es la doctrina creída por los fieles acerca del «esposo de María y padre de Jesucristo». En aquel documento se comienza por observar que «la piedad del pueblo no sólo se siente inclinada a ello, sino que ha tomado, de alguna manera, la marcha por sí misma y avanza cada día en este sentido, porque el culto a san José (...) en estos últimos tiempos podemos verlo crecer con incrementos patentes y por todas partes».

Es erróneo y desorientador apoyarse en la ausencia de enseñanzas formales y definitivas del magisterio eclesiástico al pueblo cristiano cuando son inequívocos los testimonios aprobatorios y elogiosos de la Iglesia jerárquica a la misma fe del pueblo cristiano.

Puesto que hay que creer con fe divina y católica aquello que la Iglesia nos da a conocer como debiendo ser creído por haber sido divinamente revelado, y que el modo solemne u ordinario en que tal

doctrina es propuesta en los documentos del Magisterio es accidental, hay pues que reconocer que en la Iglesia católica hallamos, acerca de san José, verdades ciertas «dogmáticas» —en cuanto a su certeza y a la inseparable certeza de habernos sido reveladas por Dios— aunque no se haya tenido que dar formulación alguna solemne, a modo de definición dogmática.

Terminemos con dos observaciones relacionadas ambas con la humildad como condición de posibilidad efectiva del culto y de la doctrina sobre el Patriarca José: en primer lugar, recordemos que nadie ha ejercido una acción comparable a la de santa Teresa de Jesús, la Doctora de la Iglesia que decía de sí misma que era «mujer boba y sin letras», y que consultaba con letrados las formulaciones de doctrina mística más sublimes y más adquiridas por sobrenatural experiencia, pero que no se atrevía a formular sin atender al lenguaje de los teólogos.

La comprensión de la doctrina sobre san José, de las actitudes adecuadas para que los devotos del Santo sean fieles y fervorosos, tienen más relación actual con la humildad ferviente y sencilla que con las complicaciones en que, a veces, se corre el riesgo de caer por un falso espíritu crítico que desprecia los sentimientos de los fieles sencillos.

En segundo lugar, no dejaré de decir algo también conexo con esto. Entre los «sabios e ilustrados» y, de algún modo, entre todos quienes sean influidos por la tendencia a confundir la santidad con cierto modo de grandeza humana, ha sido obstáculo para reconocer a José este lugar único, inseparable del de María (con que lo veneraba santa Teresita del Niño Jesús, quien afirmaba que, desde su infancia, su amor por José se confundía con el que profesaba a María) la admiración por las cualidades humanas de aquellos santos a los que es fácil ver como «grandes hombres».

El jesuita Cornelio a Lápide, gran comentarista de la Sagrada Escritura, advirtió sutilmente este riesgo al avisar «que yerran del todo muchos sabios según el siglo que tienen en poca estima a san José, juzgándole como un simple y menospreciado carpintero; pues, ciertamente, fue poco estimado y desconocido aquí en la tierra, pero tanto más glorioso es en el cielo (...) porque hay que considerar cuánta fue, por encima de todos los otros hombres, la prerrogativa, dignidad y oficio de José (...) esposo de la Virgen María, padre de Cristo».



*Uno de los cuatro grandes Doctores de la Iglesia griega, san Juan Crisóstomo (344-407), «boca de oro», patrono de los oradores sagrados. Las ideas expuestas en su Comentario al Evangelio de Mateo han ejercido influencia secular en la piedad y en la doctrina. En estos párrafos se afirma que todo cuanto corresponde a la paternidad, no incompatible con la virginidad, pertenece plenamente a José. La fe ejercida en la obediencia fiel al designio divino lleva a José a asumir, obedeciendo la voz del ángel de Dios, la tarea de salvar de la persecución de los hombres a aquél que había de salvar al pueblo de sus pecados.*

# José, padre y «salvador» del Salvador del mundo

## Cómo persuade el ángel a José

Ahora, pues, ¿cómo persuade el ángel a José? Escuchad y admirad la sabiduría de sus palabras. Llegó el ángel y le dice: *José, hijo de David, no temas tomar a María tu mujer.* Ante todo le recuerda a David, de quien había de venir Cristo. Y no le consiente estar turbado desde el momento que, por el nombre del más glorioso de sus antepasados, le trae a la memoria la promesa hecha a todo su linaje. Pues ¿por qué otro motivo pudo llamarle hijo de David? No temas –le dice–. No siempre habla Dios así. Cuando alguien quiso hacer algo inconveniente con la mujer de Abrahán, Dios emplea palabras de espanto y amenaza. Sin embargo, también allí se trataba de ignorancia, pues sin saber quién era había tomado Abimelec a Sara; y aun así, Dios le espantó. Aquí procede más blandamente. Muy grande era el asunto de que se trataba; mucha la diferencia entre los dos hombres. Por eso no había aquí necesidad de espanto.

Al decir el ángel: *No temas*, da a entender que José había tenido miedo de ofender a Dios reteniendo consigo a una adúltera; pues, de no ser así, tampoco hubiera pensado en echarla de casa. El ángel, pues, le descubre a José y le pone delante cuanto había pensado y cuanto en su alma había sufrido, y por este medio le demuestra que viene de parte de Dios. Notemos también que, pronunciando el nombre de María, no se detuvo en él, sino que añadió: *Tu mujer*, nombre que no le hubiera dado si hubiera sido corrompida. Mujer quiere aquí decir «prometida», al modo que suele la Escritura llamar maridos a los pretendientes aun antes del casamiento. ¿Y qué quiere decir *tomar*? Quiere decir tenerla en casa, pues en su mente ya estaba repudiada. «Esta –le dice el ángel– que ya has espiritualmente repudiado, reténla contigo, pues te la entrega Dios, no sus padres; y te la entrega, no para casamiento sino para convivencia, y te la entrega por medio de mis palabras.

Como Cristo la entregó más tarde a su discípulo, así ahora se la entrega el ángel a José.

Sólo veladamente alude luego el ángel al asunto, y, sin nombrar la mala sospecha, la elimina de modo más noble y más conveniente a lo que era causa de los dolores de José. En realidad, el ángel le demuestra que justamente por lo que él temía y había pensado echarla de su casa, por eso debía tomarla y retenerla consigo. Con esto quedaba más que sobradamente deshecha toda su angustia. No sólo –le dice el ángel– es María ajena a toda ilegítima unión, sino que ha concebido por encima de la naturaleza. No sólo, pues, has de echar de ti todo miedo, sino que debes alegrarte sobremanera: *Porque lo que en ella ha nacido es obra del Espíritu Santo.* ¡Maravillosa palabra, que sobrepasa todo humano razonamiento y está por encima de las leyes de la naturaleza! ¿Cómo la creará un hombre que nada oyera jamás de estas cosas? Por la revelación de lo que a él le había pasado, pues para este fin le reveló el ángel cuanto había habido en su alma: lo que había sufrido, lo que había temido y lo que había determinado hacer. Lo uno daba crédito a lo otro.

## El nombre de Jesús

Y no sólo por lo pasado, sino también por lo venidero, le lleva el ángel al mismo término: *Y ella –le dice– dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús.* No pienses que, por ser la concepción de Cristo obra del Espíritu Santo, eres tú ajeno al servicio de esta divina economía. Porque, si es cierto que ninguna parte tienes en la generación y la Virgen permanece intacta; sin embargo, todo lo que dice con el padre sin atentar a la dignidad de la virginidad, todo te lo entrego a ti. Tal, ponerle nombre al hijo.

Tú, en efecto, se lo pondrás. Porque, si bien no lo has engendrado tú, tú harás con él las veces de



padre. De ahí que, empezando por la imposición del nombre, yo te uno íntimamente con el que va a nacer. Luego, por que nadie pudiera imaginar que se trataba de verdadera paternidad, escuchad con qué precisión añade el ángel: *Dará a luz un hijo* –dice–. No dijo: «Dará para ti a luz un hijo», sino que lo dejó en el aire. Realmente no lo dio a la luz para él, sino para la tierra entera.

Por la misma razón trajo el ángel del cielo el nombre de Jesús, dando a entender cuán maravillosa era su concepción por el hecho de ser Dios mismo quien, por ministerio de un ángel, enviaba a José el nombre que había de ponerse al niño, y a la verdad, no es éste un nombre puesto al azar, sino un tesoro de bienes infinitos. De ahí que el ángel mismo lo interpreta y en él funda las mejores esperanzas, y de este modo lleva también a José a que crea su mensaje. Frente a las buenas esperanzas, nos solemos inclinar más fácilmente, y éstas son las que con más gusto creemos. Asegurada la fe de José por todos estos motivos, por lo pasado, por lo por venir, por lo presente, por el honor mismo que se le concedía, muy oportunamente introduce el ángel al profeta que con su voto confirme todo lo otro.

### Los bienes que nos vienen por Cristo

Mas antes de introducir al profeta, el ángel nos anuncia de antemano los bienes que habían de venir a la tierra por medio de Cristo. ¿Qué bienes son éstos? Dicho en una palabra: la destrucción del pecado: *Porque él salvará* –dice– *a su pueblo de los pecados de ellos*. También aquí se nos muestra otra maravilla. No se nos habla de guerras temporales ni de liberar al pueblo del dominio extranjero, sino que se nos da la buena noticia de algo mucho más importante: la liberación de nuestros pecados, cosa que a nadie había sido antes posible.

### Panegírico de san José

Aparecido, pues, el ángel, habla no con María, sino con José, y le dice: *Levántate y toma al niño y a su madre*. Aquí ya *no le dice*: «Toma a tu mujer». Había tenido lugar el parto, se había disipado la sospecha, José estaba asegurado en su fe; el ángel, por ende, puede hablar ya con libertad, y no llama suyos ni a la mujer ni al niño. *Toma* –le dice– *al niño y a su madre y huye a Egipto*. Y ahora la causa de la huida: *Porque Herodes* –le dice– *ha de atentar a la vida del niño*.

Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: Esto parece un enigma. Tú mismo me decías no ha mucho que él salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje y largo desplazamiento. Esto es contrario a tu promesa. Pero nada de esto dice, porque José es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el ángel lo había dejado indeterminado, pues le había dicho: *Y estáte allí hasta que yo te diga*. Sin embargo, no por eso se entorpece, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas alegremente. Bien es verdad que Dios, amador de los hombres, mezclaba trabajos y dulzuras, estilo que él sigue con todos los santos. Ni los peligros ni los consuelos nos los da continuos, sino que de unos y otros va él entretrejiendo la vida de los justos. Tal hizo con José. Si no, mirad. Vio preñada a la Virgen, y esto le llenó de turbación y angustia suma, pues pudo sospechar que su esposa hubiera cometido un adulterio; pero inmediatamente se presentó el ángel, que le disipó la sospecha y quitó todo temor.

Ve al niño recién nacido, y ello le procura la más grande alegría; pero bien pronto a esta alegría le sucede un peligro no pequeño: la ciudad se alborota, el rey se enfurece y busca matar al recién nacido. A este alboroto síguele pronto otra alegría: la aparición de la estrella y la adoración de los magos. Tras este placer, otra vez el miedo y el peligro: *Porque busca* –le dice el ángel– *Herodes el alma o vida del niño*. Y nuevamente el ángel da orden de huir y cambiar de sitio a lo humano, pues no era aún tiempo de hacer maravillas. Si el Señor hubiera empezado a hacer milagros desde su primera edad, no se le hubiera tenido por hombre. De ahí que tampoco se construye de golpe el templo de su cuerpo, sino que primero viene la concepción, luego la gestación por nueve meses, luego el parto, luego la leche de los pechos, el silencio por todo aquel tiempo; en fin, el Señor espera la edad conveniente de varón a fin de que por todos estos medios sea fácilmente aceptado el misterio de la encarnación. ¿Por qué, pues –me diréis–, se hicieron estos milagros desde el principio? Se hicieron en gracia a la madre, a José, a Simeón, que estaba ya para salir de este mundo; por los pastores, por los magos, por los judíos. Porque, si éstos hubieran querido atender con cuidado a lo que sucedió al principio, no hubieran sacado poco fruto para lo por venir.

(Homilía sobre san Mateo. 4.<sup>a</sup> a. 6-7, 2-3. M.G. 57, 46-47; M.G. 57, 85-86. Edición bilingüe en griego y castellano en BAC, vol. 141)

*San Agustín (354-430), el mayor de los Padres de la Iglesia latina, es en la edad patristica el testimonio más importante de la fe de la Iglesia sobre san José. El fragmento escogido del sermón 51 afirma la paternidad de José sobre Jesús, desde una perspectiva que a veces ha sido insuficientemente aprovechada, y a la que habrá que volver siempre el pensamiento teológico para comprender y definir la paternidad de José sobre Jesús.*

# José, padre del Hijo de Dios

## «Apoyándose en la justicia de ambos, el Espíritu Santo dio a ambos un hijo»

La misma Virgen María, que sabía bien no haber concebido de la unión íntima con él, le llama, sin embargo, padre de Cristo.

Cuando el Señor Jesucristo era de doce años (en cuanto hombre, porque, según la divinidad, es anterior a los tiempos y carece de tiempo), quedóse sin ellos en el Templo, donde disputaba con los ancianos, maravillados de aquel saber. A la vuelta de Jerusalén, le buscaron entre las caravanas, es decir, entre los que hacían con ellos el mismo camino, y, no hallándole, volvieron desazonados a la ciudad, donde le toparon de conversación con los ancianos en el Templo, siendo como dije, de edad de doce años.

¿Qué había de extraño allí? El Verbo, la *Palabra* de Dios no está jamás en silencio, si bien no siempre se la oye. Hállanle, pues, en el Templo, y le dice su madre: *¿Por qué nos has hecho eso? Tu padre y yo te andábamos buscando doloridos.* ¿No sabíais, respondió él, *ser de necesidad que yo esté en las cosas de mi Padre?* Díceles esto por ser él Hijo de Dios y hallarse a la sazón en el templo de Dios; aquel templo, en efecto, no era de José, sino de Dios. Pues ahí ves, dirán algunos, cómo no concedió ser hijo de José.

(Disponemos de poco tiempo; tened, hermanos una migaja más de paciencia; la suficiente para concluir este sermón). Habiendo dicho María: *Tu padre y yo te andábamos buscando apenados*, respondió él: *¿No sabíais era de necesidad el estar yo en las cosas de mi Padre?* Quería dar a entender que no por ser hijo suyo dejaba de ser el Hijo de Dios, ya que Hijo de Dios lo fue siempre, y el Criador de ellos mismos. Hijo del hombre lo era desde algún tiempo, nacido de virgen sin germen de marido; a los dos, sin embargo, los tenía por padres. ¿Cómo lo probamos? Ya dijo María: *Tu padre y yo te buscábamos apenados.*

## Cristo no niega sea José padre suyo

El haber, pues, respondido el Señor Jesús: *Es necesario que yo esté en las cosas de mi Padre*, no arguye que la paternidad divina excluya la paternidad de José. ¿Pruebas? La de la Escritura: le respondió: *¿No sabíais ser de necesidad que yo esté en las cosas de mi Padre? Mas ellos no entendieron qué les quería decir. y, bajando con ellos, vino a Nazaret, y estaba sometido a ellos.* No dice: «sometido a la madre», o «le estaba sometido a ella», sino: *Estaba sometido a ellos.* ¿A quiénes estaba sometido sino a sus padres?

Ambos eran padres suyos y a entrambos se dignaba sujetarse, como se había dignado ser hijo del hombre.

## Cristo, hijo y señor de David

Ya veis, hermanos, por lo dicho, como las palabras *Es de necesidad que yo me halle en las cosas de mi Padre* no las dijo para significar: Vosotros no sois padres míos, sino para darnos a entender que los padres aquellos lo eran desde el tiempo, y su Padre lo era desde la eternidad; los padres aquellos éranlo del Hijo del hombre, el otro Padre éralo del Verbo, Sabiduría del Padre, Poder del Padre, por quien el Padre dio ser a todas las cosas. Luego si por él, cuyo brazo *llega de un confín a otro con fortaleza y lo dispone todo con suavidad*, tienen ser todas las cosas, también lo recibieron del Hijo de Dios los mismos a quienes, hecho después hijo del hombre, había de someterse. El Apóstol le llamó asimismo hijo de David: *Que le fue hecho de la estirpe de David según la carne*, dice. Esta cuestión que ahora da por resuelta el Apóstol, propúsola el Señor a los judíos. Porque, tras haber dicho: *Que le fue hecho de la estirpe de David*, añade: *según la carne*, para sugerimos que, según la divinidad, no era hijo de David, sino Hijo de Dios y señor de David. Pues en otro lugar, encareciendo el Apóstol la estir-

pe de los judíos, dice: *Cuyos son los patriarcas y de quienes desciende el Mesías según la carne, el cual es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Según la carne: de ahí el ser el hijo de David; sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos: de ahí el Señor de David. Díceles, pues, el Señor a los judíos: ¿De quién, según vosotros, es hijo el Cristo? Respondieron: De David. Esto lo sabían por deducirse fácilmente de la predicación de los profetas. Ciertamente, era de la estirpe de David; mas éralo por la carne, por la Virgen María, esposa de José, y como respondieron ser el Mesías hijo de David, díceles Jesús: Entonces, ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo: «Dijo el Señor a mi Señor, siéntate a mi derecha, en tanto pongo a tus enemigos debajo de tus pies»? Si, pues, David, en espíritu, le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? Y los judíos no supieron responder. Así lo hallamos en el Evangelio. Acepta, por tanto, y no niega ser él hijo de David, para que no sigan ignorando que también es el Señor de David. Ellos, en efecto, le daban a Cristo un origen temporal; de su eternidad no tenían idea.*

Queriendo, pues, hacerles conocer su divinidad, planteó la cuestión de la humanidad, cual diciéndoles: Vosotros sabéis que Cristo es hijo de David; respondedme cómo, a la vez, es Señor suyo.

### **En María comienza la dignidad virginal en la Iglesia. Paternidad de José**

Siendo necesario que hasta Cristo fuera copiosa la propagación en aquel pueblo, cuya densa población había de ser figura de lo que después había de realizarse con la Iglesia, tenían allí a norma tomar varias mujeres para *crecimiento* del pueblo, imagen anticipada del crecimiento de la Iglesia. Mas, en naciendo que nació el Rey de todas las naciones, empezó a ser tenida en honra la virginidad, y esto desde la Madre del Señor, merecedora de tener un hijo sin detrimento de su integridad. Lo mismo, pues, que su enlace con José era verdadero matrimonio, y matrimonio sin desintegridad alguna, ¿por qué, a ese modo, la castidad del esposo no habría de recibir lo que había producido la castidad de la esposa?

El computar las generaciones *de Cristo* por la línea de José, y no de María, no debe inquietarnos después de haber dicho ya tanto como se dijo; porque, si ella es madre sin concupiscencia carnal, él es padre sin conmixción sexual. Pueden, de consiguiente, subir por él o bajar hasta él las generaciones. No le separaremos porque le haya faltado la concupiscencia carnal; a mayor pureza, paternidad más genuina; la misma santa María nos lo censuraría. Porque no quiso ella anteponer su nombre a su marido, antes dijo: *Tu padre y yo te buscábamos acon-*

*gojados.* No hagan, pues, los malvados murmuradores lo que no hizo la virginal esposa. Computemos por José, por ser él tan casto padre como casto marido. Por orden natural y ley divina antepone el varón a la mujer. Si, prescindiendo de él, damos su puesto a María, él nos dirá, y con razón: ¿Por qué me habéis quitado a mí? ¿Por qué no suben por mí o por mí bajan las generaciones? ¿Vamos a decirle: Porque no le has engendrado por obra de la carne? Él nos responderá: ¿Dióle a luz acaso ella por obra de la carne? Y si obró el Espíritu Santo, para los dos obró. *Como era justo*, dice. Justo el varón, justa la mujer. El Espíritu Santo, que descansaba en la justicia de ambos, a entrambos les dio un hijo; al sexo debido concedióle darle a luz, y al marido la paternidad de lo que su esposa paría. Así, pues, el ángel les dice a entrambos que pongan nombre al niño, lo cual declara tener uno y otra autoridad de padres. Porque, mudo aún Zacarías, la madre indicó el nombre que había de ponérsele; preguntáronle por señas al padre los allí presentes cómo quería se llamase, y él tomó el punzón y escribió lo que ya ella tenía dicho. También a María se le dice: *Mira, vas a concebir un hijo, a quien llamarás Jesús.* Y a José, ni más ni menos: *José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, porque lo nacido en ella del Espíritu Santo procede. Así que parirá un hijo y le llamarás Jesús; éste salvará a su pueblo de los pecados de ellos.* Se le dice asimismo: *Te parirá un hijo*, palabras que corroboran incontrovertiblemente su paternidad, no carnal, sino afectiva. Así es como él es padre. Sagacísimos, por ende, y sobremanera discretos se mostraron los evangelistas en computar las generaciones con referencia a él: Mateo, descendiendo de Abrahán hasta Cristo, y Lucas subiendo desde Cristo por Abrahán hasta Dios. En uno el cómputo es ascendente, en otro es descendente; pero en ambos se hace por José. ¿Razón? Era el padre. ¿Padre? Sí; con razón tanto más sólida, cuanto más casta era su paternidad. Por padre, a la verdad, de nuestro Señor Jesucristo se le tenía; mas de otro modo, es decir, padre como los demás, que engendran hijos de su propia sangre, no de quienes los tienen por efecto de su afecto espiritual. Lucas dijo: *Se le tenía por padre de Jesús.* ¿Por qué se le tenía? Porque la opinión y juicio de los hombres se dejaba llevar de lo que suele suceder entre los hombres. Pero el Señor no es del germen de José, aun cuando tal se creyera; con todo, *a la piedad y caridad de José se le dio un hijo, el nacido de la Virgen María, Hijo a la vez de Dios.*

(Fragmentos del sermón 51, 10, 16-17; 11, 19-20; 15, 25; 20, 30. M.L. 342-345. Edición bilingüe en BAC, *Obras de san Agustín*)

*De los párrafos del capítulo VI del Libro de su vida, escrito por la misma Santa, se ha dicho con razón que han tenido más influencia para difundir en los siglos posteriores el culto al glorioso patriarca que cualesquiera otros escritos. El lector podrá advertir la constante referencia a santa Teresa, en san Alfonso de Ligorio, san Leonardo Murialdo, Juan Pablo II, etc.*

### «Este Padre y Señor mío»

#### «... Verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca»

Tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma que a otros santos parece les dio el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide.

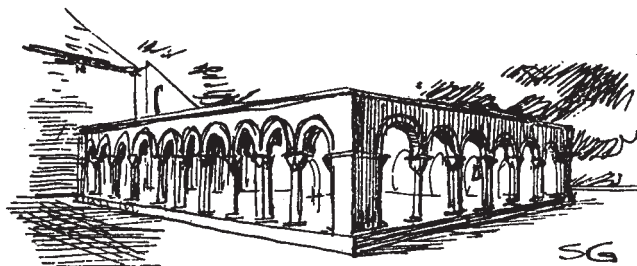
Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia; y aún hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad.

Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podía, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Mas esto tenía malo, si algún bien el Señor me daba gracia que hiciese, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal, y curiosidad y vanidad tenía gran maña y diligencia. El Señor me perdone. Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de

veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea más aprovechada en la virtud porque aprovecha en gran manera a las almas que a él se encomiendan. Paréceme ha algunos años que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la petición, él la endereza para más bien mío.

Si fuera persona que tuviera autoridad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso santo a mí y a otras personas; mas por no hacer más de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, más de lo que quisiera, en otras más larga que era menester; en fin como quien en todo lo bueno tiene poca discreción. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devoción. En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas; que no sé como se puede pensar en la Reina de los ángeles en el tiempo que tanto pasó con el niño Jesús, que no den gracias a san José por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso santo por maestro, y no errará en el camino. Plegue al Señor no haya yo errado en atreverme a hablar en él; porque, aunque publico serie devota, en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced.

*(Libro de su vida, 1565)*



# San José en las canciones de san Luis M.<sup>a</sup> Grignion de Montfort y en las poesías de santa Teresa del Niño Jesús

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA DEL VILLAR

**L**UIS Grignion, nació en Montfort, en la Bretaña francesa, en 1673, año en que Jesús quiso en Paray-le-Monial descubrir a los hombres la profundidad, anchura y largura del amor misericordioso de su Corazón. Predestinado a ser apóstol carismático de la moderna devoción a la Madre de Dios, añadió en la confirmación a su nombre de Luis el de María. Ordenado sacerdote en 1700 en París, es enviado al oeste a predicar contra los jansenistas, pero su vocación no era la de apologista en controversias, sino la de misionero popular cuya predicación llegaba al corazón de los pobres. Decía: «Dando el catecismo a los pobres de la ciudad y del campo, me hallo en mi elemento.»

Prendido de ardiente celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas de los pobres campesinos, comprendió que el medio más propio para enseñar la doctrina cristiana a la multitud de sus sencillos oyentes que no sabían leer, y sobre todo para tocar los corazones a la conversión y reforma de costumbres, era el de exponerla, no sólo con frases precisas que den luz a la inteligencia, sino también con cantos que den calor a los corazones e impulso a la voluntad de sus oyentes de ser buenos y piadosos.

Despreciando la vanidad y malicia de los poetas mundanos de su tiempo, el santo compone el texto doctrinal de múltiples cánticos en la lengua del pueblo, con sus defectos y encantos, poniendo todo su empeño en hacerse entender, no en hacerse admirar. Los cantares de san Luis M.<sup>a</sup> de Montfort son teología cantante para que los pobres analfabetos pudieran conocer, y cantar con toda el alma las verdades de la religión y los misterios de la fe, por el medio más sencillo, el de apropiarse de la música de los cantos populares, dándoles otra letra religiosa, y haciendo que se pueda entender lo que se canta. Entre estos cánticos compuso el de san José.

## «Mis versos y mis canciones sólo son para los pequeños.»

**C**ON una distancia de dos siglos, otra santa del oeste de Francia, Teresa del Niño Jesús, escribe también una poesía a san José, en plena sintonía con el pensamiento de su paisano de Montfort. La santa de Lisieux tampoco pretende ser

original, ni se recrea en el estilo y en la forma, sino que en sus poesías busca sólo expresar con sencillez lo que Jesús le inspira que debe decir para agradecerle. Podría asumir sin reparo lo que el san Luis María de Montfort escribió sobre sus poemas: «Voicí mes vers et mes chansons, s'ils ne sont beaux, ils sont bons, ils ne sont que pour les petits». Estos son mis versos y mis canciones, si no son bellos, son buenos, porque son sólo para los pequeños.

La Virgen María encomendó a sus escogidos apóstoles Luis María y Teresita la práctica de lo anunciado en su Magnificat: Poner al alcance de los humildes y de los ignorantes los tesoros de Dios Padre, escondidos a los sabios y prudentes según el mundo, y, sin duda, les inspiró lo que debían decir sobre su amado esposo José. El santo de Montfort escuchó su mensaje, lo moduló con rima simple, y adaptó su ritmo a una tonadilla conocida de sus oyentes para que lo aprendieran de memoria. La santa de Lisieux sólo le puso rima sencilla, pues no pretendía que nadie memorizara sus versos, sino sólo llevar al corazón de sus lectores –también sólo a sus pequeños lectores– la alegría de aprender a amar a Jesús como ella le amaba. (Su traducción castellana, tomada de las *Obras completas*, es del padre Bruno de San José. O.C.D. Burgos, 1943.)

## En honor de san José, esposo de María

**E**L cantar a san José que san Luis María Grignion de Montfort hacía aprender al pueblo, canto num. 8, pag. 391 del manuscrito, en traducción libre, dice así:

Cantemos un canto en honor  
de san José, nuestro protector,  
el esposo de María.  
Se conoce poco aquí al humilde José,  
pero en el cielo maravilla a los santos,  
(...) Cuanto más os abajasteis,  
más os elevó Dios luego,  
poniéndoos en la gloria  
entre los santos, primero.  
¡Que la tierra se una a los cielos,  
y por igual le glorifiquen! (bis)

**«Poniéndoos en la gloria, entre los santos, primero.»**

**I**NSPIRADO por María, el santo encierra en estas estrofas el mensaje que quiere que aprendan sus oyentes: la voluntad de Dios ha sido la de elevar a san José en el cielo tanto como él se abajó aquí en la tierra, y así ponerlo en su lugar, el más próximo a su esposa María, tan cerca de él, que los bienaventurados quedan arrebatados ante su gloria.

Santa Teresa del Niño Jesús en su poesía a san José coincide en afirmar que el lugar de san José está en lo más alto, junto al de su Esposa, que es la Reina de los Cielos, y hasta allí hay que volar para verles, y comprender y cantar todos en dulce concierto sus glorias. Dice santa Teresita:

«Cuando de la prueba  
se acabe el tormento,  
a verte en la Patria,  
por fin volaremos.  
Volaremos alto,  
porque está tu asiento,  
junto al de tu Esposa,  
la Reina del Cielo».

**«¡Que la tierra se una a los cielos, y por igual le glorifiquen!»**

**N**os dice san Luis María en su cántico que en el cielo san José es la delicia de los santos, que admirados, cumplen la voluntad de Dios, cantando su gloria. Por eso Montfort nos hace pedir cantando, lo que Jesucristo nos enseñó en el Padrenuestro que debíamos pedir al Padre: que venga a nosotros su Reino, haciéndose en la tierra la voluntad de Dios, como se hace en el cielo. Y si es esa su voluntad, que ya se cumple en el Cielo, le pidamos que en la glorificación de san José, la tierra se una a los cielos, y que todos los hombres, tanto los que estamos aquí, como los que ya están allí, glorifiquen a san José por igual.

**El Padre Eterno encomendó a san José la misión más excepcional que haya confiado jamás a varón alguno: cuidar de su Hijo Unigénito, siendo como su Vicario en la tierra.**

**S**AN Luis María nos dice que el Padre Eterno asignó a san José en su vida mortal el extraordinario e incomparable encargo de hacer sus veces: cuidar con amor de padre de su Hijo Unigénito hecho hombre. Después de la maternidad divina de su esposa, no hay título mayor. Tan grandioso título



y excepcional misión, los ostento y cumplió San José de un modo a los ojos humanos desconcertante, pues, imitando a su hijo Jesús, pasaría por uno de tantos, por un hombre cualquiera, pobre y humilde. Así lo canta san Luis María:

A un empleo singular  
os destinó el Padre Eterno:  
cuidar aquí de su Hijo,  
como su Vicario siendo.

(...) ¡Qué grande vuestra humildad  
que os hizo guardar silencio,  
poneros siempre detrás,  
vivir, como carpintero;



Pasar por pobre ignorante,  
sin cultura y sin ingenio,  
sin prestigio, sin riqueza,  
sin renombre ni talento.

Santa Teresa del Niño Jesús coincide con el santo de Montfort en su admiración ante la vida humilde de san José: «Lo más ejemplar para mí, cuando pienso en la Sagrada Familia, sabiendo la Virgen y san José, ciertamente, que Jesús era Dios, es imaginarme su vida corriente en todo...», y en su poesía le llama:

«José, el admirable  
José, justo y bueno,  
que viviste humilde  
como carpintero»

**«No se habla aquí del humilde José. ¡Cuánto se le desconoce!»**

**D**ICE el santo que san José era poco conocido hace tres siglos, y bien podría seguir diciéndolo hoy. Se confunde el admirable silencio de san José con el incomprensible silencio sobre san José. ¿Son esos los planes de Dios, o esta penumbra sobre san José es obra del orgullo humano que tiene a su humildad por debilidad de espíritu, a su vida ordinaria por despreciable, pues entiende la santidad sólo como expresión de la grandeza huma-

na? San Luis censura este silencio, y lo contrasta con el deslumbrante esplendor con que san José es glorificado en el cielo. Santa Teresa del Niño Jesús en su poesía al santo sintoniza plenamente con san Luis María:

«Cuando de la prueba  
se acabe el tormento,  
a verte en la Patria,  
por fin volaremos, (...)  
Entonces la historia,  
de todos tus hechos,  
hasta hoy escondidos,  
allí la leeremos.

Y al saber tus glorias,  
tus luchas y méritos,  
cantaremos todos  
en dulce concierto,  
la vida escondida  
de José, el Obrero.»

**«Como asegura Teresa, ¡qué poder tan sin medida el de san José!»**

**E**s sabido que en el culto a la Virgen María y a san José las iglesias del Oriente se adelantaron a las de Occidente, y siendo el Carmelo orden religiosa venida de Oriente, a su celo se debe en gran parte la propagación de estos dos cultos en la Iglesia latina. La mejor apología que se ha escrito nunca sobre la eficaz y universal intercesión de san José es la página en que, en el número 6 de su *Vida*, narra santa Teresa cómo, tras pasar casi tres años tullida, pudo levantarse y comenzó a andar a gatas: «Pues, cómo me vi tan tullida y en tan poca edad, y cuál me habían parado los médicos de la tierra, determiné acudir a los del cielo para que me sanasen (...) y tomé por abogado y señor al glorioso san José, y encomendeme mucho a él. (...) Él hizo, como quien es, en hacerme de manera que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida.»

El mensaje de Teresa de Ávila sobre el poder sin medida de san José, había llegado ya en 1700 también a la Francia, y así lo transcribe el misionero de Montfort, citando su procedencia:

Como asegura Teresa,  
nunca se te ruega en vano,  
pues si tu hijo es Dios Glorioso,  
tu esposa Reina del Cielo,  
Si rogando les mandáis,  
lo que pedís, está hecho.  
¡Qué poder tan sin medida!  
Tu crédito es soberano.

En su poesía al santo Patriarca, Teresa de Lisieux reitera la confianza en su «Padre» san José, recibida de su «Madre», «la gran Teresa», bajo cuya protección y cuidado sabe que está su Carmelo:

«Cual tú, en el retiro  
de claustral encierro  
yo con mis hermanas,  
las de mi Carmelo,  
a Jesús servimos  
con santo contento.  
María, tu Esposa,  
y tú serás siempre  
guarda y Padre nuestro;  
que la gran Teresa  
con todo su empeño  
a tu patrocinio  
confió el Carmelo.  
Y dijo mi Madre  
con dulces acentos  
que eres de su viña  
el guardián excelso,  
porque siempre oíste  
Su amoroso ruego.»

**«El reinado de Jesucristo en el mundo se realizará por el conocimiento y reinado de la Santísima Virgen, que es la que lo trajo por primera vez al mundo y quien lo hará triunfar en la segunda.»** (San Luis María Grignon de Montfort)

SAN Luis María en sus libros nos expone los planes que sabe que Dios tiene sobre la Virgen Santísima para los últimos tiempos: «Si, pues, es cierto que el conocimiento y el reinado de Jesucristo en el mundo debe llegar, no lo es menos que sólo se realizará esto como consecuencia del conocimiento y reinado de la Santísima Virgen, que es la que lo trajo por primera vez al mundo y quien lo hará triunfar en la segunda». (Fin de la introducción de su *Tratado sobre la Verdadera Devoción*)

Y en el num.49 del mismo tratado, razona: «María apenas se dejó ver en la primera venida de Jesucristo... pero en la segunda... ha de ser conocida y revelada por el Espíritu Santo a fin de hacer por medio de ella que los hombres conozcan y amen a

Jesucristo, pues entonces ya no subsistirán aquellas razones que obligaron al Espíritu Santo a ocultar a su Esposa durante su vida y a manifestarla sólo raras veces desde que se predicó el Evangelio. Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra e sus manos, en estos últimos tiempos... quiere ser en ella glorificado y alabado en la tierra por los mortales. Como ella es la aurora que precede y descubre al Sol de Justicia, Jesucristo, ha de ser conocida y vista, a fin de que lo sea Jesucristo.»

**La Virgen María en su última aparición en Fátima, se despide de los pastorcitos como Virgen del Carmen, mientras san José con el Niño Jesús en brazos bendicen al mundo.**  
(13 de octubre de 1917)

EL 13 de septiembre de 1917 la Virgen María en su quinta aparición en Fátima había dicho a los niños que el mes siguiente volvería a aparecérselos, pero les anunciaba que esta vez vendría con san José y el Niño Jesús. Así fue la última aparición de la Virgen María, en que les dijo: «Soy la Señora del Rosario, no ofendan más a Nuestro Señor, que está ya muy ofendido», despidiéndose de los niños como Virgen del Carmen, mientras san José con el Niño Jesús en brazos bendecían al mundo.

Dice santa Teresa: «Luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora, y díjome: que le daba contento en servir al glorioso san José, y que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho al Señor, y a ellos dos, y que nos guardarían.» También santa Teresa del Niño Jesús en su «Historia de un alma» aúna a José con María, diciendo como desde la infancia «mi devoción a san José era una misma cosa con mi amor a la Santísima Virgen.»

Si el santo de Montfort pudo decir que para que venga el Reino de Dios, venga pronto a la tierra el reino de María, parece que podemos también nosotros piadosamente pedir a Dios que la gloria de san José en su Iglesia crezca y se vaya asemejando a la que ya tiene en el cielo, y así se acelere la llegada de la era de su esposa María, esa aurora que ha de preceder y descubrir al Sol de Justicia, hijo de ambos, Jesucristo.





*El decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 8 de diciembre de 1870 Quemadmodum y la letra apostólica Inclytum Patriarcham de 7 de julio de 1871, constituyen el acto pontificio que, a la vez que recogía los deseos del pueblo cristiano, ponía en marcha aquella clamorosa voz de los pueblos de que habló Pío XI. La proclamación de san José como patrono de la Iglesia inicia efectivamente una etapa esplendorosa en la presencia del Santo en la vida del Pueblo de Dios.*

### San José, patrono de la Iglesia católica

Dios omnipotente quiso que el gran patriarca san José elegido sobre todos los demás santos, fuese con toda verdad en esta tierra Esposo de la Inmaculada Virgen María, y tenido por padre de su Hijo único Jesucristo. Para cumplir con toda perfección misiones tan sublimes lo enriqueció y colmó con gracias completamente singulares. Por esta razón, ahora que está coronado en el cielo, la Iglesia católica le dedica los mayores honores y le dirige los testimonios de la más tierna piedad.

Por lo cual los Pontífices Romanos, nuestros predecesores, en orden a aumentar más y más la devoción de los fieles hacia el Santo Patriarca, y moverlos a recurrir llenos de confianza a su intercesión, no omitieron, en toda ocasión, decretar en el culto público de la Iglesia nuevas y siempre crecientes señales de veneración... Por Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, que Nos hemos mandado

publicar el día 8 de diciembre de 1870, durante la celebración de los sagrados misterios en nuestras basílicas patriarcales de Letrán, del Vaticano y de Santa María la Mayor, hemos declarado solemnemente al Esposo de María Inmaculada, san José, patrono de la Iglesia católica, y al mismo tiempo hemos decretado que en adelante su fiesta del día 19 de marzo sea celebrada en todo el universo con el rito doble de primera clase aunque sin octava por razón de la cuaresma. Después de esta declaración, que constituye al Santo Patriarca en patrono de la Iglesia universal, es justo que reciba en el culto público de la Iglesia todos los privilegios que de acuerdo con las rúbricas del breviario y del Misal romanos son concedidas a los patronos principales.

Letra apostólica *Inclytum Patriarcham*, de 7 de julio 1871, A.S.S., 6 [180-71], 324-326.

### «Le hizo Príncipe y Señor de su casa»

Así como Dios había constituido gobernador de toda la tierra a José, hijo del patriarca Jacob, al fin de guardar el trigo para el pueblo, de la misma manera, llegada ya la plenitud de los tiempos en que debía enviar a la tierra a su unigénito Hijo para la salvación del mundo, escogió otro José, de quien el primero había sido figura, y le hizo príncipe y señor de su casa y posesión y custodió de sus principales tesoros, puesto que él estuvo desposado con la Inmaculada Virgen María, que por virtud del Espíritu Santo dio a luz a Nuestro Señor Jesucristo, quien se dignó pasar entre los hombres por hijo de José y estarle sujeto. Así es que este afortunado José, no solamente vio, sino que habló familiarmente, abrazó y besó con afecto de padre, a quien muchos reyes y profetas habían deseado ver; y con amorosa solicitud alimentó al mismo que el pueblo fiel había de recibir para alcanzar la vida eterna, como pan bajado del cielo. Por razón de esta sublime dignidad que Dios confiere a este su fidelísimo siervo, la Iglesia

ha tributado siempre a José los primeros honores y alabanzas después de los que se deben a la Madre de Dios, la Virgen su Esposa, así como ha ocurrido a su valimiento en los trabajos y angustias. Mas como en nuestros tristísimos días esta misma Iglesia perseguida de todas partes por sus enemigos, se halla agobiada bajo tan graves calamidades, que a juicio de los impíos las puertas del infierno van por momentos a prevalecer contra ella, por esto los venerables obispos de todo el orbe católico presentaron al Soberano Pontífice sus ruegos, y los de los fieles confiados a su solicitud pastoral, con los que le suplicaban se dignase declarar a san José patrón de la Iglesia católica.

[...]

(Decreto *Quemadmodum Deus* de la Sagrada Congregación de Ritos, de 8 de diciembre de 1870, A.S.S., 6 [1870-71], 193-194)

*El padre jesuita Enrique Ramière (1821-1884), segundo fundador del Apostolado de la Oración y apóstol ferviente del Corazón de Jesús, fundó y dirigió durante muchos años Le Messenger du Coeur de Jésus. Traducimos unos párrafos de esta revista, que expresan el ambiente de amor a la Iglesia y ferviente devoción a san José, que precedió al acto de Pío IX por el que lo proclamó patrono de la Iglesia. Un fragmento de su célebre libro El Apostolado de la Oración muestra, en la figura y tarea de san José, cuál es la esencia del apostolado más eficaz.*

## San José, modelo del Apostolado de la Oración

Sin alejarnos de Jesús y María y sin salir de esa casa de Nazareth, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este Apostolado en san José.

Más aun que su augusta Esposa, este santo Patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en estado de trabajar en la gloria de su divino Hijo. Dejó este mundo antes que el Salvador hubiese empezado su vida pública; no pudo asociarse de ninguna manera a sus predicaciones, ni asistir a su sacrificio, ni comunicar con sus Apóstoles, ni formar sus primeros discípulos. Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Todas sus obras han sido obras materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado.

Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que san José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de san Bernardo, le proclama *fiel coadjutor del gran consejo* o, lo que es lo mismo, cooperador con Jesús y María en la grande obra de la salvación del mundo? Por lo demás no hay respecto de este asunto la menor duda entre los fieles.

El poder de san José que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable. Revelada a los santos, saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma Nuestro Señor por su Iglesia y de la solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.

Mas la devoción a san José no sólo es un consuelo para nuestra piedad, sino que además es un estí-

mulo para nuestro celo. Si fue apóstol cepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponer la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra? La misión de los santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de nuestro Señor, a fin de hacer más accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda santidad. San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado, las nueve décimas partes de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección que hemos ya meditado y por medio de la cual nos hace nuestro divino Maestro comprender, que el mérito de nuestras obras, no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí solo del espíritu con el cual las realizamos.

Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, si deseamos explotar sus recursos y recoger todos sus méritos, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de san José y asegurarnos de su cooperación? Esta cooperación nos la concederá él de buena gana, y con tal que queramos ser respecto de él fieles discípulos, no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazaret, en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más pequeñas y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras.

*(El Apostolado de la Oración, 4.ª ed., trad. castellana en 1865, Barcelona, págs. 327-329)*

*La encíclica Quamquam pluries, de León XIII constituye la más alta expresión, en un documento pontificio, del sentir de la Iglesia sobre el oficio de José en la Redención.*

# Carta encíclica «Quamquam pluries», del Sumo Pontífice León XIII sobre la devoción a san José

A nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y otros Ordinarios, en paz y unión con la Sede Apostólica.

1. Aunque muchas veces antes Nos hemos dispuesto que se ofrezcan oraciones especiales en el mundo entero, para que las intenciones del catolicismo puedan ser insistentemente encomendadas a Dios, nadie considerará como motivo de sorpresa que Nos consideremos el momento presente como oportuno para inculcar nuevamente el mismo deber. Durante periodos de tensión y de prueba—sobre todo cuando parece en los hechos que toda ausencia de ley es permitida a los poderes de la oscuridad— ha sido costumbre en la Iglesia suplicar con especial fervor y perseverancia a Dios, su autor y protector, recurriendo a la intercesión de los santos—y sobre todo de la Santísima Virgen María, Madre de Dios— cuya tutela ha sido siempre muy eficaz. El fruto de esas piadosas oraciones y de la confianza puesta en la bondad divina, ha sido siempre, tarde o temprano, hecha patente. Ahora, Venerables Hermanos, conocéis los tiempos en los que vivimos; son poco menos deplorables para la religión cristiana que los peores días, que en el pasado estuvieron llenos de miseria para la Iglesia. Vemos la fe, raíz de todas las virtudes cristianas, disminuir en muchas almas; vemos la caridad enfriarse; la joven generación diariamente con costumbres y puntos de vista más depravados; la Iglesia de Jesucristo atacada por todo flanco abiertamente o con astucia; una implacable guerra contra el Soberano Pontífice; y los fundamentos mismos de la religión socavados con una osadía que crece diariamente en intensidad. Estas cosas son, en efecto, tan notorias que no hace falta

que nos extendamos acerca de las profundidades en las que se ha hundido la sociedad contemporánea, o acerca de los proyectos que hoy agitan las mentes de los hombres. Ante circunstancias tan infaustas y problemáticas, los remedios humanos son insuficientes, y se hace necesario, como único recurso, suplicar la asistencia del poder divino.

2. Este es el motivo por el que Nos hemos considerado necesario dirigirnos al pueblo cristiano y exhortarlo a implorar, con mayor celo y constancia, el auxilio de Dios Todopoderoso. Estando próximos al mes de octubre, que hemos consagrado a la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario, Nos exhortamos encarecidamente a los fieles a que participen de las actividades de este mes, si es posible, con aún mayor piedad y constancia que hasta ahora. Sabemos que tenemos una ayuda segura en la mater-

nal bondad de la Virgen, y estamos seguros de que jamás pondremos en vano nuestra confianza en ella. Si, en innumerables ocasiones, ella ha mostrado su poder en auxilio del mundo cristiano, ¿por qué habríamos de dudar de que ahora renueve la asistencia de su poder y favor, si en todas partes se le ofrecen humildes y constantes plegarias? No, por el contrario creemos en que su intervención será de lo más extraordinaria, al habernos permitido elevarle nuestras plegarias, por tan largo tiempo, con súplicas tan especiales. Pero Nos tenemos en mente otro objeto, en el cual, de acuerdo con lo acostumbrado en vosotros, Venerables Hermanos, avanzaréis con fervor. Para que Dios sea más favorable a nuestras oraciones, y para que él venga con misericordia y prontitud en auxilio de su Iglesia, Nos juzgamos de profunda utilidad para el pueblo cristiano, invocar continuamente con gran piedad y confianza, junto con



la Virgen-Madre de Dios, su casta Esposa, a san José; y tenemos plena seguridad de que esto será del mayor agrado de la Virgen misma. Con respecto a esta devoción, de la cual Nos hablamos públicamente por primera vez el día de hoy, sabemos sin duda que no sólo el pueblo se inclina a ella, sino que de hecho ya se encuentra establecida, y que avanza hacia su pleno desarrollo. Hemos visto la devoción a san José, que en el pasado han desarrollado y gradualmente incrementado los Romanos Pontífices, crecer a mayores proporciones en nuestro tiempo, particularmente después que Pío IX, de feliz memoria, nuestro predecesor, proclamase, dando su consentimiento a la solicitud de un gran número de obispos, a este santo patriarca como el patrono de la Iglesia católica. Y puesto que, más aún, es de gran importancia que la devoción a san José se introduzca en las prácticas diarias de piedad de los católicos, Nos deseamos exhortar a ello al pueblo cristiano por medio de nuestras palabras y nuestra autoridad.

3. Las razones por las que el bienaventurado José debe ser considerado especial patrono de la Iglesia, y por las que a su vez, la Iglesia espera muchísimo de su tutela y patrocinio, nacen principalmente del hecho de que él es el esposo de María y padre putativo de Jesús. De estas fuentes ha manado su dignidad, su santidad, su gloria. Es cierto que la dignidad de Madre de Dios llega tan alto que nada puede existir más sublime; mas, porque entre la santísima Virgen y José se estrechó un lazo conyugal, no hay duda de que a aquella altísima dignidad, por la que la Madre de Dios supera con mucho a todas las criaturas, él se acercó más que ningún otro. Ya que el matrimonio es el máximo consorcio y amistad –al que de por sí va unida la comunión de bienes– se sigue que, si Dios ha dado a José como esposo a la Virgen, se lo ha dado no sólo como compañero de vida, testigo de la virginidad y tutor de la honestidad, sino también para que participase, por medio del pacto conyugal, en la excelsa grandeza de ella. El se impone entre todos por su augusta dignidad, dado que por disposición divina fue custodio y, en la creencia de los hombres, padre del Hijo de Dios. De donde se seguía que el Verbo de Dios se sometiera a José, le obedeciera y le diera aquel honor y aquella reverencia que los hijos deben a sus propios padres. De esta doble dignidad se siguió la obligación que la naturaleza pone en la cabeza de las familias, de modo que José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia. Y durante el curso entero de su vida él cumplió plenamente con esos cargos y esas responsabilidades. El se dedicó con gran amor y diaria solicitud a proteger a su esposa y al Divino Niño; regularmente por medio de su trabajo consiguió lo que era necesario para la alimentación y el vestido

de ambos; cuidó al Niño de la muerte cuando era amenazado por los celos de un monarca, y le encontró un refugio; en las miserias del viaje y en la amargura del exilio fue siempre la compañía, la ayuda y el apoyo de la Virgen y de Jesús. Ahora bien, el divino hogar que José dirigía con la autoridad de un padre, contenía dentro de sí a la apenas naciente Iglesia. Por el mismo hecho de que la Santísima Virgen es la Madre de Jesucristo, ella es la Madre de todos los cristianos a quienes dio a luz en el Monte Calvario en medio de los supremos dolores de la Redención; Jesucristo es, de alguna manera, el primogénito de los cristianos, quienes por la adopción y la Redención son sus hermanos. Y por estas razones el Santo Patriarca contempla a la multitud de cristianos que conformamos la Iglesia como confiados especialmente a su cuidado, a esta ilimitada familia, extendida por toda la tierra, sobre la cual, puesto que es el esposo de María y el padre de Jesucristo, conserva cierta paternal autoridad. Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo.

4. Comprendéis bien, Venerables Hermanos, que estas consideraciones se encuentran confirmadas por la opinión sostenida por un gran número de los Padres, y que la sagrada liturgia reafirma, que el José de los tiempos antiguos, hijo del patriarca Jacob, era tipo de san José, y el primero por su gloria prefiguró la grandeza del futuro custodio de la Sagrada Familia. Y ciertamente, más allá del hecho de haber recibido el mismo nombre –un punto cuya relevancia no ha sido jamás negada–, conocéis bien las semejanzas que existen entre ellos; principalmente, que el primer José se ganó el favor y la especial benevolencia de su maestro, y que gracias a la administración de José su familia alcanzó la prosperidad y la riqueza; que –todavía más importante– presidió sobre el reino con gran poder, y, en un momento en que las cosechas fracasaron, proveyó por todas las necesidades de los egipcios con tanta sabiduría que el Rey decretó para él el título de «Salvador del mundo». Por esto es que Nos podemos prefigurar al nuevo en el antiguo patriarca. Y así como el primero fue causa de la prosperidad de los intereses domésticos de su amo y a la vez brindó grandes servicios al reino entero, así también el segundo, destinado a ser el custodio de la religión cristiana, debe ser tenido como el protector y el defensor de la Iglesia, que es verdaderamente la casa del Señor y el reino de Dios en la tierra. Estas son las razones por las que hombres de todo tipo y nación han de acercarse a la confianza y tutela del bienaventurado José. Los padres de familia encuentran en José la mejor personi-

ficación de la paternal solicitud y vigilancia; los esposos, un perfecto de amor, de paz, de fidelidad conyugal; las vírgenes a la vez encuentran en él el modelo y protector de la integridad virginal. Los nobles de nacimiento aprenderán de José como custodiar su dignidad incluso en las desgracias; los ricos entenderán, por sus lecciones, cuáles son los bienes que han de ser deseados y obtenidos con el precio de su trabajo. En cuanto a los trabajadores, artesanos y personas de menor grado, su recurso a san José es un derecho especial, y su ejemplo está para su particular imitación. Pues José, de sangre real, unido en matrimonio a la más grande y santa de las mujeres, considerado el padre del Hijo de Dios, pasó su vida trabajando, y ganó con la fatiga del artesano el necesario sostén para su familia. Es, entonces, cierto que la condición de los más humildes no tiene en sí nada de vergonzoso, y el trabajo del obrero no sólo no es deshonoroso, sino que, si lleva unida a sí la virtud, puede ser singularmente ennoblecido. José, contento con sus pocas posesiones, pasó las pruebas que acompañan a una fortuna tan escasa, con magnanimidad, imitando a su Hijo, quien habiendo tomado la forma de siervo, siendo el Señor de la vida, se sometió a sí mismo por su propia libre voluntad al despojo y la pérdida de todo.

5. Por medio de estas consideraciones, los pobres y aquellos que viven con el trabajo de sus manos han de ser de buen corazón y aprender a ser justos. Si ganan el derecho de dejar la pobreza y adquirir un mejor nivel por medios legítimos, que la razón y la justicia los sostengan para cambiar el orden establecido, en primer instancia, para ellos por la Providencia de Dios. Pero el recurso a la fuerza y a las querellas por caminos de sedición para obtener tales fines son locuras que sólo agravan el mal que

intentan suprimir. Que los pobres, entonces, si han de ser sabios, no confíen en las promesas de los hombres sediciosos, sino más bien en el ejemplo y patrocinio del bienaventurado José, y en la maternal caridad de la Iglesia, que cada día tiene mayor compasión de ellos.

6. Es por esto que —confiando mucho en vuestro celo y autoridad episcopal, Venerables hermanos, y sin dudar que los fieles buenos y piadosos irán más allá de la mera letra de la ley— disponemos que durante todo el mes de octubre, durante el rezo del Rosario, sobre el cual ya hemos legislado, se añada una oración a san José, cuya fórmula será enviada junto con la presente, y que esta costumbre sea repetida todos los años. A quienes reciten esta oración, les concedemos cada vez una indulgencia de siete años y siete cuaresmas. Es una práctica saludable y verdaderamente laudable, ya establecida en algunos países, consagrar el mes de marzo al honor del santo Patriarca por medio de diarios ejercicios de piedad. Donde esta costumbre no sea fácil de establecer, es al menos deseable, que antes del día de fiesta, en la iglesia principal de cada parroquia, se celebre un triduo de oración. En aquellas tierras donde el 19 de marzo —fiesta de san José— no es una festividad obligatoria, Nos exhortamos a los fieles a santificarla en cuanto sea posible por medio de prácticas privadas de piedad, en honor de su celestial patrono, como si fuera un día de obligación.

7. Como prenda de celestiales favores, y en testimonio de nuestra buena voluntad, impartimos muy afectuosamente en el Señor, a vosotros, Venerables Hermanos, a su clero y a su pueblo, la bendición apostólica.

*Dado en el Vaticano, el 15 de agosto de 1889, undécimo año de nuestro pontificado.*



*En la espiritualidad y en la acción pastoral del que fue gran obispo Josep Torras i Bages (1846-1916) ocupa un lugar importante la devoción a san José. Hemos escogido algunos textos de su predicación como presbítero, que contienen ya expresión de pensamientos capitales, de decisivo valor teológico.*

## San José, padre de todo el linaje humano

No hay más Señor en el mundo que el Señor Dios nuestro; todos han de reconocer este supremo dominio, y el no reconocerlo importa ya un pecado. No obstante, Dios en su infinita bondad ha querido hacer participantes a las criaturas de este supremo dominio suyo. Instituyó jerarquías de ángeles que presidiesen y gobernasen a los hombres; en su Iglesia, preladados y pastores; en los estados, príncipes y magistrados, y en las familias, padres y jefes que gobernasen las casas como a delegados y representantes suyos.

Aun en el orden sobrenatural ha establecido también seres, ha constituido hombres y mujeres ilustres para que intercediesen por los hombres viadores, los dirigiesen y encaminasen a su último fin.

Por secreto impenetrable de su sabiduría ha hecho como una división de poderes: a unos ha dado poder y eficacia para las cosas y necesidades temporales; a otros para las espirituales; a unos les ha constituido protectores de la niñez; a otros, de la juventud, etc. Pero hay un bienaventurado en el

cielo a quien Cristo Señor Nuestro constituyó padre, protector e intercesor de todo el linaje humano, porque fue padre, protector y custodio suyo en la tierra, y el amor de Cristo hacia nosotros es tan grande, que quiso darnos el mismo Padre y la misma Madre que él tuvo. Ya entenderéis que hablo del glorioso patriarca san José, cuya fiesta hoy celebramos.

La intercesión y patrocinio de san José es el más eficaz y poderoso del cielo, a excepción de María Santísima. Por esto ha sido declarado patrón de la Iglesia universal. Porque un intercesor es más poderoso en cuanto es más amado de Dios. San José es el bienaventurado más amado de Dios, a excepción de María Santísima. Luego es el más poderoso intercesor.

Predicado en Santa Marta, primer domingo de marzo de 1885, fiesta del Patrocinio de san José. (*Obres completes*, II, págs. 3 a 15, Ed. Balmes, Barcelona 1954)

## San José, Patriarca del Pueblo de Dios, Cuerpo Místico de Cristo

Predestinación admirable de san José sobre la de todos los antiguos patriarcas: Adán, raíz del linaje humano; san José lo es del pueblo cristiano, Noé, principio del pueblo regenerado; san José igualmente. Abraham, padre de los creyentes; también san José. Jacob, jefe del pueblo predestinado, etc. En la predestinación de san José se ve el carácter propio de la nueva ley: aquellos antiguos Patriarcas eran personajes; san José, un humilde trabajador porque en la ley cristiana Dios suele escoger instrumentos pequeños para hacer cosas grandes. San José, protector de Cristo, protector del pueblo cristiano que es lo mismo en la sustancia.

Cristo y el pueblo cristiano forman un solo cuerpo. Protección de san José sobre la humanidad de Cristo, sobre el pueblo cristiano. Esta protección se ejerce de dos maneras: sustentación de la vida material en Cristo, espiritual en nosotros; fomenta la fe, la piedad, pero también ayuda en las necesidades temporales. Defiende la vida temporal de Cristo, la espiritual de los hombres.

(Predicado en Santa Marta, en abril de 1892. Trad. del texto catalán, en el citado volumen, pág. 17)

*Al cumplirse, en 1920, el cincuentenario de la proclamación por el beato Pío IX de san José como patrono de la Iglesia universal, los obispos de todas las diócesis catalanas se dirigieron a los fieles en un documento colectivo, y algunos días después el obispo de Barcelona publicaba la carta pastoral aquí reproducida. El documento tiene, además de un gran valor doctrinal, el carácter de un testimonio de la ferviente tradición josefina de Cataluña y en especial de Barcelona, y un gran interés histórico, por aludir al origen josefino del templo de la Sagrada Familia, y referirse al movimiento espiritual suscitado por la madre Petra de San José, fundadora del santuario de San José de la Montaña.*

## En el cincuentenario del patrocinio de san José sobre la Iglesia

A nuestros venerado clero y amados fieles: salud, gracia y paz en Nuestro Señor Jesucristo:

### I

Los prelados de la Provincia Eclesiástica de Cataluña hemos creído muy oportuno, al concurrir en el presente año el quincuagenario de la solemne declaración pontificia, en virtud de la cual puso el gran papa Pío IX la Iglesia universal bajo el patrocinio de san José, dirigir un documento colectivo a nuestros amados clero y pueblo, recordándoles tan señalada fecha y excitando su fe y su piedad para conmemorarla debidamente, como habréis podido ver en el número anterior de este boletín, en que dicho documento se inserta.

Al tener que exhortaros, V. H. y A. H., a mayor devoción y actos de penitencia, con motivo del santo tiempo de Cuaresma, entendemos conveniente insistir sobre el mismo motivo de la pastoral colectiva, mayormente cuando en esta nuestra diócesis de Barcelona concurren circunstancias especiales, para celebrar con mayores entusiasmos y manifestaciones de fervor el que podemos llamar «Año Jubilar Josefino».

Si en algo han variado el estado del mundo y de la Iglesia, que determinaron al Papa a confiar ésta al poderosísimo patrocinio de san José, ha sido en el sentido de mayor agravación de las calamidades que el desvío de los hombres de Dios y el menosprecio de su santa ley han acarreado. Entonces, en 8 de diciembre de 1870, acababa de caer Roma en poder de los enemigos del Pontífice y de la Iglesia, infiriéndose con ello sumo agravio a la justicia y a los supremos intereses cristianos; hoy, en 1920, el

Padre Santo, y con él la Iglesia toda, ven colmadas las amarguras que aquella usurpación produjo con el rompimiento o debilitación de relaciones y separación de reinos que por tantos siglos fueron sostén y apoyo valiosísimos de las instituciones cristianas. Entonces apenas si se había extinguido el fragor de una lucha entre dos naciones de las más poderosas de Europa; hoy no podemos considerar aún definitiva y consumada la paz, tras de una conflagración sangrienta como ninguna, no ya entre dos naciones de Europa, sino mundial. Entonces una revolución causa estragos en París, y se denomina la Comune; hoy el comunismo revolucionario tiene ya como campo de sus crímenes el mundo entero.

[...]

### III

Se atribuye a la Orden carmelitana la introducción del culto a san José en Occidente. Es lo cierto que dicha orden, por lo que se refiere a España, promovió esta devoción y la infundió en la privilegiada alma de la santa madre Teresa de Jesús de tal modo, que declaró protector y Abogado especialísimo de las vírgenes del Carmelo Reformado, a san José, en manos del cual ponía las llaves de los conventos que fundaba o reformaba, convirtiéndolos en centros de irradiación de devoción josefina.

El primer carmelita catalán, contemporáneo y amigo de santa Teresa de Jesús, a la cual y a su orden prestó valiosos servicios, fue el Dr. Bullón de Roca, conocido por el P. Roca, desde que entró en religión.

Pocos, o mejor, ninguno como el P. Roca, entre los primeros que abrazaron la santa reforma, secun-

dó los ardientes y celestiales deseos de la esclarecida reformadora; pocos o ninguno como él recibieron la transfusión de la acendrada piedad josefina de la Santa, como vamos a ver.

Desde Monzón, donde el P. Roca ofreció sus respetos al Rey Felipe II, que allí acababa de tener Cortes, vino a Barcelona, y previa la comunicación de sus propósitos al prelado y a los *concelleres* de la ciudad, emprende la fundación del convento de su Orden, siendo la iglesia del mismo, la primera en Cataluña dedicada a san José. Bruniquer consigna que esta fundación fue hecha en 25 de enero de 1587.

Panegirista y celoso propagador de la piedad josefina, persuadía a todos al hablar de continuo de las excelencias del glorioso Patriarca y de las grandes ventajas de la devoción al mismo. No sólo le dedicó el convento de Barcelona, sino todos los que pudo de los fundados en Cataluña y Aragón. Cuando en 1588 el desarrollo que había logrado alcanzar la reforma carmelitana aconsejó la conveniencia de dividirla en provincias, fueron eligiendo cada uno de los Padres los patronos de cada una de las distintas provincias de Castilla, Andalucía, Portugal y las Indias, y el P. Roca, uno de los que asistían a aquel Capítulo general, solemnemente declaró que, siguiendo los deseos e inspiraciones de la Santa reformadora, elegía y ponía bajo el poderoso amparo y valiosa protección de san José, la nueva provincia de la Corona de Aragón, que se glorió llamándose provincia de San José y de tal modo los hijos de la gran madre Teresa de Jesús popularizaron la devoción a nuestro Santo, que les designaba el pueblo con el nombre de *Pares Josepets*, y aún hoy, el templo parroquial que fue iglesia de los carmelitas, en Gracia, es conocido vulgarmente por *iglesia dels Josepets*.

Natural era que la devoción a san José, profundamente arraigada en Cataluña, tuviera manifestaciones ingenuas en la canción popular, en la iconografía, en la poesía y en las oraciones del pueblo, divulgando la vida, glorias, virtudes y prodigios del Santo Patriarca. Merece singular mención el poeta catalán y barcelonés Pedro Serafí, de quien pudiéramos decir que en el siglo XVI entrevé o afirma el patronato de san José sobre la Iglesia universal, cuando en uno de los varios cantos espirituales que al Santo dedica, el que titula «Metáfora en lahors de Sanct Joseph espós de Nostra Senyora», aplica al santo Patriarca todos los oficios y prerrogativas del Sumo Pontífice en la Iglesia católica, y dice en la segunda estrofa:

*L'acte major y offici del Sanct Papa es conservar, guardar l'Esglesia Sancta, tal fereu vós segons nostra ley canta.*

...

Aun antes de Pedro Serafí puede verse la devo-

ción ferviente de Cataluña a san José, en las tiernísimas frases de ingenua familiaridad y plena confianza dedicadas a san José que se encuentran en el *Cançoner de Nadal* de las postrimerías del siglo XV.

En el renacimiento de Cataluña, en lo que tiene de genuino y conforme a la religiosidad de las generaciones que la hicieron grande, no podía faltar el eco de la devoción a san José, que de tal manera vibra en el espíritu de este pueblo. Así es, y en la lírica de Verdaguier, en su trilogía *Jesús Infant (Betlem, Nazaret y la Fugida a Egipte)* la llama de la devoción popular josefina catalana fulgura con resplandores definitivos, insuperables.

De un eminente catalán, del cardenal Vives, es la *Summa Josephina*, compilación copiosísima de doctrina y de piedad en honor de nuestro Santo. Un prelado catalán, el Excmo. D. Benito Vilamitjana, arzobispo de Tarragona, es el que, ante los apremios de la devoción josefina de esta tierra, autoriza el escapulario de san José, concede indulgencias a sus diocesanos que lo lleven y que invoquen al Santo con la deprecación en el escapulario inscrita; y, como se adelanta a lo que diez años después reconocerá la Santa Sede, se cuida de advertir que todo ello lo hace «con sujeción a lo que en su día determinare la Sede Apostólica, tanto respecto de la autorización del escapulario como de la concesión de indulgencias».

#### IV

Cuenta nuestra ciudad de Barcelona con dos monumentos que por su importancia y nombradía, bastarían por sí solos para ponerla a la cabeza de las ciudades que más hondamente sienten y propagan la devoción al virginal Esposo de la Madre de Dios. Son éstos, el Templo expiatorio de la Sagrada Familia y el Santuario de San José de la Montaña. De uno y otro es obligado decir algo en este documento.

En diciembre de 1866 el piadoso y activo varón, don José María Bocabella, asesorado por el P. José María Rodríguez, que muy luego fue General de la Orden de la Merced fundó la «Asociación Espiritual de Devotos de San José», con objeto de extender por España y sus dominios el culto del glorioso Patriarca, alcanzar del cielo, por su mediación, el triunfo de la Iglesia sobre sus enemigos, consolar al Pontífice en sus tribulaciones, y socorrerle pecuniariamente. Se aplicaba a esto último, todo el beneficio resultante de las cédulas de agregación, medallas, etc. Muy pronto el gran Pío IX aprueba, bendice y concede gracias espirituales especiales a la nueva asociación.

Simultáneamente aparece el Boletín-Revista, ór-



gano de la Asociación, con el título de *El Propagador de la devoción a San José*. Dios bendice la obra que despierta por toda España el mayor entusiasmo, y se desarrolla hasta el punto de contar a los pocos años con 20.000 suscriptores de *El Propagador*, número fabuloso entonces y aún ahora para revistas piadosas. Al ser declarado san José patrono de la Iglesia universal, la Asociación Josefina regala a Pío IX un grupo escultórico de la Sagrada Familia bajo la palmera. El Sr. Bocabella, que al frente de los comisionados fue recibido muy solemnemente por el papa, se traslada luego a Loreto y allí concibe la grandiosa idea de la erección, por la Asociación Josefina, de un templo expiatorio dedicado a la Sagrada Familia.

Cuál haya sido la labor josefina en España, de la «Asociación Espiritual de Devotos de San José» y de su órgano «El Propagador» dícenlo con máxima elocuencia los hechos y los números. Ahí está ese grandioso templo en construcción, cuya genial traza admira a cuantos lo visitan; y lo visitan, cuantos desde todos los puntos del mundo vienen a esta gran ciudad cosmopolita. Durante los cincuenta y cuatro años que de existencia llevan la Asociación y su órgano, se han allegado e invertido en la construcción del Templo expiatorio de la Sagrada Familia, más de 3.500.000 pesetas y se han entregado al «Dinero de San Pedro» 497.854.

El otro monumento a que nos hemos referido, es el santuario de San José de la Montaña. La Rdma. madre Petra de San José, fundadora y primera superiora general de la Congregación de Madres de los Desamparados, había fundado un asilo de huérfanos en San Gervasio, en enero de 1887, de donde se trasladó después a Gracia a una casa alquilada por cinco años. Al término del contrato, en 1895, viéronse precisadas las religiosas a abandonar también esta nueva casa, careciendo en absoluto de medios para alquilar ni menos para comprar otra. La madre Petra de San José, devotísima del Santo, a quien llamaba su Padrecito, con fe viva acudió a él e hizo que acudieran todas las hermanas, y el 19 de

marzo del mismo año 1895 se firmaba la escritura de donación de unos terrenos con una casita insuficiente, que muy pronto pudo ensancharse, construyéndose un excelente asilo y un gran templo, mediante la afluencia de limosnas impetradas en nombre de san José y con su imagen en la mano.

Situado dicho terreno en la falda de una colina que domina la ciudad, cundió rápidamente la devoción a aquel santuario, conociéndosele desde el principio con el nombre de «San José de la Montaña». En 1902, desarrollada ya la «Pía Unión de San José de la Montaña», comenzó a publicarse la revista quincenal titulada *La Montaña de San José*, órgano de la Pía Unión.

La devoción a San José con dicha advocación se ha difundido en pocos años prodigiosamente, sobre todo en España y América. Es constante y frecuentemente solemne el culto que en dicho Santuario, de continuo visitado por los fieles y favorecido con varias peregrinaciones, se dedica al Santo.

Con motivo del presente año jubilar josefino, y de cumplirse el XXV de la existencia del Santuario,

se ha acudido a la Santa Sede impetrando la autorización necesaria para la coronación solemne de la imagen de San José de la Montaña; con veneración y gratitud grandes hemos recibido el oportuno breve apostólico, que lleva fecha 15 de enero del presente año, y que insertamos a continuación de esta pastoral.

## V

Ya veis por lo dicho, N. V. H. Y A. H., cuán justificado está que, tratando de exhortaros a la piedad, a la devoción y a la penitencia, con motivo del santo tiempo de Cuaresma, me haya valido de la ocasión que brinda el quincuagenario del decreto pontificio que declaró a san José patrono de la Iglesia universal. La característica devoción secular y entrañable de nuestro pueblo al padre nutricio del Salvador, ha



*San José y el Niño Jesús. Detalle de la Puerta de la Esperanza. Templo de la Sagrada Familia de Barcelona.*

de encontrar aliciente y estímulo en el presente año que podemos llamar «josefino».

Las causas que determinaron al Pontífice de la Inmaculada a recurrir a tan valiosísimo patrocinio, se han agravado considerablemente, como os he indicado al principio. La subversión completa de todo principio de autoridad, la conflagración hasta el extremo entre las diversas clases sociales, la desorganización disolvente de la familia, todo ello proveniente de la ausencia, cada vez mayor, del espíritu cristiano en las leyes y en las costumbres, ponen en inminente riesgo la misma vida social.

Remedio adecuado para combatir tantos males, ha de ser la imitación del humilde Obrero de Nazaret, modelo para todas las clases sociales y para todos los estados. El prócer encontrará en él al descendiente de regia estirpe, que humilde y laborioso no se desdeña del ejercicio de un oficio manual, que le confunde con lo que hoy llamamos proletariado; el esposo y el padre tienen en él dechado perfecto de fidelidad, solicitud y ejercicio prudente de autoridad en el seno del hogar; los obreros verán en él dignificado y ennoblecido el trabajo, y la íntima felicidad de la vida morigerada y saturada del espíritu de Cristo.

Como dice muy bien el preclaro obispo de Vich, Dr. Torras y Bages: «La primera cualidad de una autoridad consiste en que tenga el don de reconciliar los ánimos en épocas de discordia; y la sagrada liturgia considera como el mérito mayor del Pontífice, la posesión de la nobilísima prerrogativa de reconciliar a los hombres entre sí. ¿Faltaría, pues, a san José, autoridad en la casa de Cristo, que es la de los cristianos, semejante cualidad? ¿No acertará él a reconciliar los ánimos? Es indudable que sí, y de la propagación verdadera de su devoción, de la imitación sincera de su virtudes por parte de los cristianos, podemos esperar fundadamente la reconciliación de los hombres, hoy desunidos y alborotados; la paz de las familias, la concordia entre los ciudadanos, y la gloria de la Iglesia, hoy deprimida, ante aquellos que carecen de fe, por las divisiones de sus hijos».

El concepto materialista de la vida, el ansia de groseros placeres, el horror a todo lo que importe sacrificio y mortificación tanto en los de arriba como

en los de abajo, conducen a la sociedad presente a los desvaríos y desórdenes que estamos sufriendo. Para contrarrestar esto, es tiempo adecuado, el presente de Cuaresma, y modelo perfecto el glorioso Patriarca, que tantas penalidades soportó y con tantas tribulaciones fue probado, sin que su conformidad y equilibrio se alteraran en lo más mínimo, sacando de todo, nuevos motivos de santificación y de méritos para la glorificación eterna.

## VI

Disponeros, pues, N. V. H. Y A. H., a secundar las iniciativas que os comuniquemos por medio de la junta que pensamos nombrar, a fin de que nuestra amada diócesis figure, como sus antecedentes lo exigen, a la cabeza de las manifestaciones de devoción josefina que se celebren en el presente año. Acudid al valiosísimo protectorado del Santo Patriarca, esforzaos por imitarle, sed celosos propagadores de su culto. Solemnidades religiosas, comuniones generales, certámenes, veladas, peregrinaciones espirituales y corporales al templo expiatorio de la Sagrada Familia y al santuario de San José de la Montaña, la coronación pontificia de esta imagen, y a ser posible, si los medios lo permiten, la creación de una obra que sea recuerdo perenne de la piedad josefina en la conmemoración del quincuagenario del patronato de san José, son a grandes rasgos los números del programa que os trazamos para solemnizar el presente año. Vuestra fe, vuestra generosidad y vuestra proverbial piedad josefina, harán seguramente que la realidad supere a los propósitos concebidos, y os haréis con ello acreedores a las bendiciones del cielo y a la que con el más tierno afecto os da vuestro prelado, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Dada en nuestro Palacio de Barcelona, firmada de nuestra mano, sellada con el mayor de nuestras armas y refrendada por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno, a tres de marzo del año mil novecientos veinte.

ENRIQUE, Obispo de Barcelona



## SU SANTIDAD EL PAPA PÍO XI

*En diversos momentos habló el papa Pío XI sobre san José con palabras que expresan las más profundas y centrales verdades sobre el Santo contenidas en la fe de la Iglesia. En ellas se afirma ya, como poseído por la conciencia eclesial, lo que en siglos anteriores sostenían los grandes precursores del desarrollo moderno del culto a san José: su inserción en el orden de la Encarnación, su colaboración a la obra redentora, la eminencia de su santidad, por la que sólo María está más cercana que él a Dios, la eficacia universal de su intercesión.*

### La omnipotencia suplicante de san José

El augusto Pontífice no podía hacer a sus hijos un augurio más verdadero, más rico, más prometededor de toda gracia y prosperidad que la plegaria para que sus hogares se asemejen a la familia en la que presidía, precisamente con autoridad de padre, el bienaventurado san José; y que este protector de la familia a la cual pertenecieron María y Jesús, sea también el gran protector de sus familias; que con su paterna providencia y con su omnipotente intercesión, sea siempre ayuda para sus familias y para ellos mismos. Se dice y se observa esta palabra «omnipotente» al hablar de la intercesión de María Santísima, pero el Santo Padre se atrevía a decir que, todavía antes, es necesario aplicarla a san José. En verdad: la intercesión de María es intercesión de Madre, y por consiguiente no puede hallarse cosa

que el divino Hijo pueda negar a una tal Madre; pero la intercesión de san José es la intercesión del Esposo, del considerado como padre, del jefe de la casa de la familia de Nazaret, que se componía de él, de María y de José.

El jefe de la casa era precisamente san José: he aquí que esta intercesión no puede menos que ser omnipotente, ya que ¿qué pueden negarle a san José Jesús y María, a los que él conservó literalmente toda su vida, y que en realidad le deben los medios de su existencia terrena?

(19 de marzo de 1938, en la festividad de S. José. Palabras referidas en *L'Osservatore Romano* del 21-22 de marzo de 1938)

### Guía de los católicos frente al ateísmo comunista

Para llevar a madurez esta paz tan deseada por todos, la paz de Cristo en el Reino de Cristo, ponemos la gran acción de la Iglesia católica que se enfrenta a los esfuerzos del ateísmo comunista, bajo los auspicios y protección de san José, patrono poderosísimo de la Iglesia católica.

Habiendo pertenecido él a la clase del pueblo trabajador, experimentó junto con la familia de Nazaret que le había sido confiada, y que presidía como jefe solícito y amante, las incomodidades de la pobreza; custodió al Niño divino cuando Herodes lanzó con-

tra él sus sicarios que buscaban darle muerte. Igualmente por una vida de fidelidad absoluta en el cumplimiento del deber cotidiano, dejó un ejemplo para todos los que deben ganar su pan por el trabajo manual, y mereció ser llamado justo, como modelo viviente de la justicia cristiana que debe reinar en la vida social.

(Encíclica *Divini Redemptoris*, 19 de marzo 1937; AA.S., 29 [1937], 106)

### Se revela a José el misterio de la Encarnación

Es el misterio, el secreto de la divina Encarnación, de la Redención que la Santa Trinidad revela al hombre. En verdad es imposible subir más alto. Estamos en el orden de la Redención, de la Encarnación, en el orden de la unión hipostática, en la

unión de Dios personal con el hombre. Desde esta perspectiva la mirada de Dios nos invita a considerar al humilde y gran Santo; y es aquí que él dicta la palabra que lo explica todo, sobre las relaciones entre san José y todos los grandes profetas y todos los

otros grandes santos, incluso aquellos que han tenido elevados oficios públicos como los apóstoles: ninguna otra gloria puede sobrepasar a la de haber tenido la revelación de la unión hipostática del Verbo divino... Fuente de toda gracia es el Redentor divino: cercana a él está María Santísima, dispensadora de los divinos favores; pero si hay algo que deba suscitar todavía una mayor confianza por nuestra parte, es, en cierto sentido, el pensamiento de que es san José el que todo lo puede ante el Redentor divino y ante la Madre divina, en un modo y con un poder que no es sólo el de una fiel custodia... los ángeles tienen respeto y veneración hacia Jesús y

María, pero a su vez Jesús y María obedecen y tributan obsequio a José: ellos reverencian lo que la mano de Dios había constituido en él: la autoridad de esposo, la autoridad de padre.

Grandísima pues debe ser nuestra confianza que debemos tener hacia el Santo que estuvo en relaciones tan duraderas e incluso únicas, con las fuentes mismas de la gracia y de la vida, la Santísima Trinidad.

(19 de marzo de 1935, Festividad de San José; *Bolletino del clero romano*, 16 [1935], 57)

## Misión oculta y grandiosa

Es sugestivo atender de cerca y contemplar cómo brillan una al lado de la otras dos magníficas figuras que se acompañan desde los primeros siglos de la Iglesia: primeramente la de san Juan Bautista, que surge del desierto unas veces con voz de trueno y otras con apacible dulzura; a veces como león que ruge y otras como el amigo que se alegra de la gloria del esposo, y ofrece a la faz del mundo la gloria maravillosa de su martirio. Después la figura tan vigorosa de Pedro, que escucha las magníficas palabras del Maestro divino: «Id y predicad a todo el mundo», ya él personalmente: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Gran misión, divinamente fastuosa y resonante.

Entre estos dos grandes personajes, entre estas dos misiones, he aquí que aparecen la persona y la misión de san José, el cual, sin embargo, pasa silencioso como desapercibido y desconocido, en la hu-

mildad, en el silencio, un silencio que no debía iluminarse sino después de algunos siglos. Pero allí donde es más profundo el misterio, y más espesa la noche que lo cubre, donde es más profundo el silencio, es precisamente allí donde es más alta la misión, más rico el cortejo de virtudes requeridas y del mérito que por feliz necesidad debía corresponder a tal misión. Esta misión única, grandiosa, la de custodiar el Hijo de Dios, el Rey del universo, la misión de custodiar la virginidad, la santidad de María, la misión de cooperar, como único llamado a participar en la conciencia del gran misterio escondido a los siglos, en la encarnación divina y en la salvación del género humano.

(19 de marzo de 1928, en la festividad de san José; *L'Osservatore Romano*, 20-21 de marzo de 1928, pág. 1)

## Sólo María está más cercana a Dios

He aquí un santo que entra en la vida y emplea su vida en el cumplimiento del más alto mandato divino, en el mandato incomparable de velar sobre la pureza de María, de custodiar la divinidad de Jesucristo, de tutelar como cooperador consciente el misterio, el secreto desconocido para todos, a excepción de la Santísima Trinidad, de la Redención del género humano. Es en la grandeza de este mandato en lo que consiste la singular y absolutamente incomparable santidad de san José, puesto que verdaderamente a ninguna otra alma, a ningún otro santo fue confiado tal mandato, y entre san José y Dios no vemos ni podemos ver sino a María Santísima con su divina Maternidad. Es evidente que este santo ya poseía en la altura de tal mandato el título para aquella gloria que es la suya, la gloria

de patrono de la Iglesia universal. Toda la Iglesia se encontraba ya efectivamente junto a él contenida como en germen ya fecundo en la humanidad y en la sangre de Jesucristo, toda la Iglesia estaba allí en la virginal maternidad de María Santísima, Madre de Jesús y Madre de todos los fieles, que a los pies de la Cruz había de recibir en la sangre de su primogénito Hijo Jesús. Pequeña a la vista de los ojos humanos, pero grande para la mirada del Espíritu, la Iglesia estaba allí junto a san José, cuando ya él era, en la Sagrada Familia, el custodio y el padre tutelar.

(21 de abril de 1926, en la fiesta del Patronio de San José; *L'Osservatore Romano*, 22-23 de abril de 1926, pág. 1)

*El papa Juan XXIII, personalmente devotísimo del glorioso Patriarca, como se ve por su Diario espiritual, y que incluyó su nombre en el canon de la Misa, en este documento sintetiza la totalidad de los principales actos del magisterio pontificio moderno.*

# Protector de la Iglesia universal y patrono del Concilio Vaticano II

## CARTA APOSTÓLICA SOBRE LA DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

¡Venerables hermanos y queridos hijos!

Las voces que de todos los puntos de la tierra llegan hasta Nos, como expresión de alegre esperanza y deseos por el feliz éxito del Concilio ecuménico Vaticano II, impulsan siempre nuestro ánimo a sacar provecho de la buena disposición de tantos corazones sencillos y sinceros, que se vuelven con amable espontaneidad a implorar el auxilio divino para acrecentamiento del fervor religioso, clara orientación práctica en todo lo que la celebración conciliar supone y nos promete de incremento de la vida interior y social de la Iglesia y de renovación espiritual de todo el mundo.

Y he aquí que nos encontramos, con la aparición de la nueva primavera de este año y ante la proximidad de la sagrada liturgia pascual, con la humilde y amable figura de san José, el augusto esposo de María, tan caro a la intimidad de las almas más sensibles a los atractivos de la ascética cristiana y de sus manifestaciones de piedad religiosa, contenidas y modestas, pero tanto más agradables y amables.

En el culto de la santa Iglesia, Jesús, Verbo de Dios hecho hombre, pronto tuvo su adoración incommunicable como esplendor de la sustancia de su Padre, que resplandece en la gloria de los santos. María, su madre, le siguió de muy cerca desde los primeros siglos en las representaciones de las catacumbas y basílicas, piadosamente venerada como *sancta Maria Mater Dei*. En cambio, José, fuera de algún resplandor de su figura que aparece aquí o allá en los escritos de los Padres, permaneció durante siglos y siglos en su ocultamiento característico, casi como figura decorativa en el cuadro de la vida del Salvador. Pero desde un principio se deseó que su culto penetrara de los ojos al corazón de los fieles y de él sacasen especiales lecciones de oración y confiado abandono. Éstas fueron las alegrías fervorosas reservadas a las efusiones de la edad moderna —¡qué

abundantes e impresionantes!—, y entre ellas nos ha complacido especialmente fijarnos en un aspecto muy característico y significativo.

[...]

*[Juan XXIII recuerda y glosa los documentos y actos relativos al culto y a la devoción a san José de sus predecesores: beato Pío IX, León XIII, san Pío X, Benedito XV, Pío XI y Pío XII.]*

## El Concilio, al servicio de todas las almas

Todo es grande y digno de ser destacado en la Iglesia, tal y como la instituyó Jesús. En la celebración de un concilio se reúnen en torno a los padres las más distinguidas personalidades del mundo eclesiástico, que atesoran excelsos dones de doctrina teológica, capacidad de organización y elevado espíritu apostólico. Esto es el concilio: el papa en la cumbre, en torno suyo y con él, los cardenales, obispos de todo rito y país, doctores y maestros competentísimos en los diferentes grados y especialidades.

Pero el concilio está destinado a todo el pueblo cristiano, que está interesado en él por esa circulación más perfecta de gracia, de vitalidad cristiana que haga más fácil y expedita la adquisición de los bienes verdaderamente preciosos de la vida presente y asegure las riquezas de los siglos eternos.

Por eso, todos están interesados en el concilio, eclesiásticos y seglares, grandes y pequeños de todas las partes del mundo, de todas las clases, razas y colores, y si se señala un protector celestial para impetrar de lo alto, en su preparación y desarrollo, esa virtud divina, que parece destinada a marcar una época en la historia de la Iglesia contemporánea, a ninguno de los celestiales patronos puede confiársele mejor que a san José, cabeza augusta de la Familia de Nazaret y protector de la Santa Iglesia.

Escuchando de nuevo, como un eco, las palabras de los papas de este último siglo de nuestra historia,

como nos ocurre a Nos ¡cómo nos conmueven todavía los acentos característicos de Pío XI, incluso por aquella manera suya reflexiva y tranquila de expresarse! Tales palabras nos vienen a las mentes precisamente de un discurso pronunciado el 19 de marzo de 1928 con una alusión que no supo, no quiso silenciar en honor de san José querido y bendito, como gustaba de invocarle.

«Es sugestivo –decía– contemplar de cerca y ver cómo resplandecen una junto a otra dos magníficas figuras unidas en los comienzos de la Iglesia: en primer lugar, san Juan Bautista, que se presenta desde el desierto unas veces con voz de trueno, otras con humilde afabilidad y otras como el león rugiente o como el amigo que goza de la gloria del esposo y ofrece a la faz del mundo la grandeza de su martirio. Luego la robustísima figura de Pedro, que oye del Maestro divino las magníficas palabras: «Id y enseñad a todo el mundo», y a él personalmente: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» misión grande divinamente fastuosa y clamorosa.» Así habló Pío XI y luego prosiguió muy acertadamente: «Entre estos grandes personajes, entre estas dos misiones, he aquí que aparece la persona y la misión de san José, que pasa, en cambio, recogida, callada, como inadvertida en la humildad, en el silencio; silencio que sólo debía romperse más tarde, silencio al que debía suceder el grito, verdaderamente fuerte, la voz y la gloria por los siglos» (*Discursos de Pío XI*, vol. I, pág. 780).

## San José, patrono del Concilio Vaticano II

¡Oh san José, invocado y venerado como protector del Concilio Ecuménico Vaticano II!

Aquí es donde deseamos llevaros, al enviaros esta carta apostólica precisamente el 19 marzo, cuando con la celebración de san José, patrono de la Iglesia universal, vuestras almas podían sentirse movidas a mayor fervor por una participación más intensa de la Iglesia maestra y madre, docente y directora de este extraordinario acontecimiento del Concilio Ecuménico XXI y Vaticano II, del que se ocupa la prensa pública mundial con vivo interés y respetuosa atención.

Sabéis muy bien que se trabaja en la primera fase de la organización del Concilio con paz, actividad y consuelo. Por centenares se suceden en la Urbe prelados y eclesiásticos distinguidísimos, procedentes de todos los países del mundo, distribuidos en secciones diferentes y ordenadas, cada una entregada a

su noble trabajo, siguiendo las valiosas indicaciones contenidas en una serie de impresionantes obras que aportan el pensamiento, la experiencia, las sugerencias recogidas por la inteligencia, la sabiduría, el vibrante fervor apostólico de lo que constituye la verdadera riqueza de la Iglesia católica en lo pasado, presente y futuro. El Concilio Ecuménico sólo exige para su realización y éxito luz de verdad y de gracia, disciplinado estudio y silencio, serena paz de las mentes y corazones. Esto por lo que toca a nuestra parte humana. De lo alto viene el auxilio divino que el pueblo cristiano debe pedir cooperando intensamente con la oración, con el esfuerzo de vida ejemplar que prelude y sea prueba de la disposición bien determinada por parte de cada uno de aplicar, después, las enseñanzas y directrices que serán proclamadas al término feliz del gran acontecimiento que ahora lleva ya un camino prometedor y feliz.

¡Venerables hermanos y queridos hijos! El pensamiento luminoso del papa Pío XI del 19 de marzo de 1929 nos acompaña todavía. Aquí en Roma la Sacrosanta Catedral de Letrán resplandece siempre con la gloria del Bautista, pero en el templo máximo de San Pedro, donde se veneran preciosos recuerdos de toda la cristiandad, también hay un altar para san José, y proponemos con fecha de hoy, 19 de marzo de 1961, que este altar de san José revista nuevo esplendor más amplio y solemne, y sea el punto de convergencia y piedad religiosa para cada alma e innumerables muchedumbres. Bajo estas celestes bóvedas es donde se reunirán en torno a la Cabeza de la Iglesia las filas que componen el Colegio Apostólico provenientes de todos los puntos del orbe, incluso los más remotos, para el Concilio ecuménico.

¡Oh san José! Aquí está tu puesto como «*Protector universalis Ecclesiae*». Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo de 1961, tercer año de nuestro pontificado.

## Monseñor Belsunce, el obispo confiado en la misericordia del Corazón de Jesús para con su pueblo

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

**Ana Magdalena Rémuzat «conoció de un modo particular y extraordinario» los designios de Nuestro Señor «referentes a la gloria de su Corazón adorable.»**

**M**AGDALENA Rémuzat, hija de una conocida familia de Marsella, desde pequeña había querido ser religiosa. Ingresó muy joven en el primer monasterio de la Visitación de la ciudad, profesando con el nombre de Ana Magdalena en enero de 1713, tomando el velo ante el obispo monseñor Belsunce. Su extraordinario don de consejo hace que la nombren asistente del noviciado, y son tantas las personas de la ciudad que acuden a consultarle, que la joven religiosa de 17 años pide a su superiora que se le dispense de tales visitas y consejos, pues el Corazón de Jesús le había confiado que tenía para ella sus propios planes. El 17 de octubre de 1713, era el 23º aniversario de la muerte de santa Margarita María, y ese día la hermana Ana Magdalena Rémuzat «conoció de un modo particular y extraordinario» los designios de Nuestro Señor sobre ella «referentes a la gloria de su Corazón adorable.» No sabemos más sobre esta comunicación de Dios a su joven confidente, pues escribió sólo eso en una carta nueve años después.

Ana Magdalena sufría de frecuentes y violentas migrañas que le impedían hacer vida ordinaria de comunidad. El monasterio había adoptado ya en 1696 el culto recibido de Paray, y la superiora madre Nogaret, ferviente devota del Corazón de Jesús, para la que la hermana Rémuzat no tenía secretos, estaba al corriente de sus dones místicos, pero dudaba. Como a santa Margarita María, la superiora le dijo: «*Pedidle a Nuestro Señor que os cure, y os creeré*»; así lo hizo, y de inmediato la migraña desapareció para siempre. Como monseñor Belsunce había aprobado la misa en honor del Corazón de Jesús para su diócesis, Ana Magdalena pensó establecer una cofradía en su monasterio. Se pidió un breve de erección a Roma, que fue concedido en 1717, y para su inauguración hizo imprimir un libreto con su reglamento y unas páginas con la historia de la devoción.

Al año siguiente, el 29 de febrero, durante las Cuarenta Horas que precedían a la cuaresma de 1718,

el Santísimo Sacramento estaba expuesto en la iglesia de los franciscanos, cuando de repente, y ante una muchedumbre de fieles, Nuestro Señor se mostró visible en la Hostia, resplandeciente de majestad; su mirada era a la vez tan dulce y severa que los presentes no la podían sostener. La hermana Rémuzat, que desde su monasterio había conocido el milagro por revelación, se lo comunicó a su superiora, y también le transmitió que Jesús le había dicho que si los marselleses no se rendían ante esta llamada a la misericordia, serían castigados de un modo terrible. Así se lo refirió la madre Nogaret al capellán, el jesuita padre Milley, que llegaba entonces al monasterio ignorando el prodigio, y que, enterado del hecho y de la advertencia del Señor, marchó a toda prisa a prevenir de ello al obispo.

**El 25 de mayo de 1720 el *Gran San Antonio* entra en el puerto de Marsella**

**M**ONSEÑOR Belsunce, que conocía la santidad y los dones místicos de la hermana Rémuzat, no se sorprendió de las quejas del Señor, y admitió sin más la comunicación. Conocía los vicios de los marselleses, su sensualidad, su lujo, su gula, su avaricia, y como el veneno del jansenismo se infiltraba cada día más entre el clero, pese a que había publicado distintas pastorales contra los apelantes, prohibiendo a las religiosas toda comunicación con ellos, pues sabía que este jansenismo era la principal causa de los males que azotaban su diócesis.

Desde el milagroso aviso en la iglesia de los franciscanos pasaron dos años sin que nada hubiera cambiado sino para ir de mal en peor, cuando el 25 de mayo de 1720 entraba en el puerto de Marsella, proveniente de Saida y Trípoli, el *Gran San Antonio*. Antes de recalar en Livorno había muerto un pasajero turco, y dos marineros que lo habían amortajado, murieron también poco después. En Livorno fallecieron tres marineros más, pero el médico de a bordo no quiso reconocer la causa de estas muertes. El capitán dio cuenta de los fallecimientos al arribar a Marsella, pero no indicó el hecho significativo de

que nadie quisiera tocar los cadáveres, que tuvieron que ser arrojados al mar con garfios y perchas.

### **Los médicos no pudieron ya ocultar su terrible nombre: la peste**

**L**AS autoridades de Marsella tenían sus sospechas, pero los comerciantes de la ciudad esperaban impacientes la carga del barco, seda y algodón por valor de cien mil escudos, e insistieron en que se le permitiera descargar al menos en las afueras del puerto. El 27 de mayo moría otro marinero, luego un grumete, y poco después tres porteadores que habían descargado la mercancía. Sólo cuando cesaron estas extrañas muertes a mediados de junio se permitió desembarcar a los pasajeros, pero a primeros de julio comenzaron a enfermar y a morir numerosos habitantes del puerto y de los barrios marineros de la ciudad. El 8 de julio los médicos no pudieron ya ocultar la causa de las muertes y la llamaron por su terrible nombre: la peste. El día 16 monseñor Belsunce ordenó recitar en la misa de todas las iglesias de la ciudad la oración a san Roque, abogado frente al contagio y patrón de la Provenza, y exhortó a los fieles a la penitencia y «a una entera sumisión de espíritu a las sagradas decisiones de la Iglesia, único medio seguro de detener el brazo de un Dios irritado».

Las autoridades ordenan clausurar las iglesias y demás centros de reunión para evitar el contagio, y aunque muchos marselleses temerosos huyeron de la ciudad apestando abandonando a los enfermos a su suerte, el 29 de julio monseñor Belsunce reúne en el obispado a los párrocos y superiores de comunidades de religiosos y les ordena que cumplan con su ministerio: «Así como sería indigno de un soldado querer sólo llevar la espada en tiempo de paz, sería también indigno de los sacerdotes, y pasarían por laxos y mercenarios, si sólo quisieran confesar y administrar los sacramentos cuando no hubiera riesgo para su reposo, su salud y su vida.» Sacerdotes y religiosos, salvo algunos jansenistas, se entregaron heroicamente a su ministerio, confesando y extramaucando sin descanso a sanos y enfermos.

### **Miles de cadáveres insepultos se pudren bajo el sol frente a la catedral**

**L**AS muertes se multiplicaban de día en día, y desde hacía un mes más de dos mil cadáveres insepultos se pudrían bajo el ardiente sol del agosto mediterráneo sobre la explanada que se extiende desde el fuerte de San Juan a la catedral. En el diario municipal se lee: «Estos miles de cadá-

veres ya no tenían forma humana, y sus miembros se agitaban por el movimiento que les daban millones de gusanos en su tarea por destruirlos. El caballero de Roze hizo despejar dos bastiones de la muralla que databan del tiempo de los romanos, y pidió al Señor de Rancé, comandante de galeras, cien nuevos forzados, pues los tres o cuatrocientos empleados antes habían muerto en su mayoría. Los alineó frente a los cadáveres cubriéndose la boca y la nariz con un pañuelo empapado de vinagre. Bajó del caballo e hizo darles vino a todos, bebiendo él también... luego, arrastrando por el pie a uno de los cadáveres, marcó el camino a seguir. En unas horas estos millares de cuerpos descompuestos y miembros destrozados fueron amontonados en los bastiones, recubriéndoles de cal y de tierra». Casi todos los soldados y los galeotes que participaron en esta tarea murieron, pero el caballero de Rancé sólo sufrió una pequeña indisposición. Dice un informe que su temeridad hizo retroceder a la muerte.

El jesuita padre Milley, capellán de la Visitación, quien dos años antes había transmitido al obispo el aviso de la hermana Rémuzat, se trasladó al barrio más apestando al que nadie quiere ir, yendo de casa en casa consolando y confesando a los apestandos. El 23 de agosto tras confesar más de una hora rodeado de muertos en putrefacción, cuyo olor infecto le sofoca, cae desmayado sobre un cadáver. El día 27 escribe: «Todavía estoy sano, pero muy acabado; espero ser atacado como los demás de un momento a otro». Ya lo estaba; el 28 escribe a monseñor Belsunce despidiéndose de él hasta el cielo: «Vuestra Ilustrísima no debe temer nada, pues nuestro buen Dios, siempre bueno y clemente, no afligirá al rebaño en la persona de su muy amado pastor, tan necesario a sus ovejas». El 2 de septiembre el padre Milley partía para el cielo, desde donde vería la realización de su profecía, pues importaba a la gloria del Corazón de Jesús que el obispo de Marsella no muriera.

### **«¡Oh glorioso azote que debe aportar la gloria del Corazón de mi Salvador!»**

**A**instancias de sus familiares, el prelado había autorizado a las religiosas de los dos monasterios de la Visitación en la ciudad a que se retiraran al campo, lejos de la ciudad apestanda, pero éstas habían decidido no huir. La hermana Rémuzat implora incesantemente perdón y piedad al Corazón de Jesús, que se le muestra inexorable: «Déjame hacer», parecía decirle, pero Ana Magdalena insiste y redobla sus ruegos, hasta que al fin comprende que la misericordia sobrepasa a la justicia y que el terrible azote será la ocasión querida



por Nuestro Señor para el establecimiento de una fiesta solemne en honor de su Sagrado Corazón, y así escribe, recordando el texto del oficio del sábado Santo: «¡Oh glorioso azote que debe aportar la gloria del Corazón de mi Salvador!».

**«Jesús pide una fiesta solemne para honrar su Corazón en el día que él mismo se ha elegido, y que cada fiel se le consagre; por este medio serán librados del contagio.»** (Ana Magdalena Rémuzat)

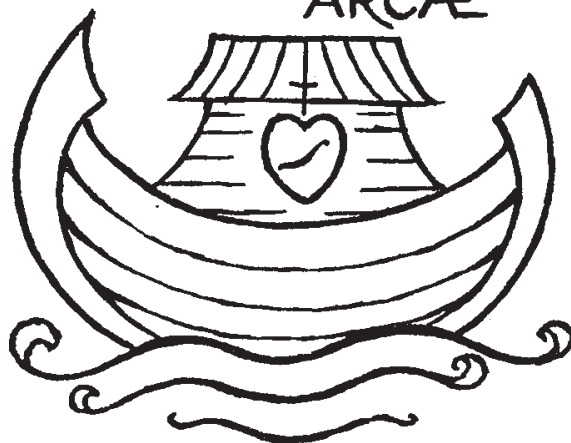
**L**A superiora le ordena a la hermana Rémuzat que le pregunte a Jesús qué condiciones pide para reconciliarse con la ciudad culpable, y la respuesta que ésta le escribe el 13 de octubre es clara: «Me ha mostrado que quiere purificar a Marsella de los errores de que se hallaba infectada, abriéndole su adorable Corazón como una fuente de toda verdad. Que pedía una fiesta solemne en el día que él mismo se había elegido, que es el siguiente a la octava del Corpus, para honrar su Corazón, y que esperando que se le rinda el homenaje que pedía, era preciso que cada fiel se le consagrara mediante una oración a elección del señor obispo, para honrar, según los designios de Dios, el Corazón adorable de su Hijo; que por este medio serían librados del contagio, y que a todos los que se entregasen a esta devoción no les faltaría el socorro sino cuando a este divino Corazón le faltase el poder».

**«Venimos a establecer en toda nuestra diócesis, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que desde ahora en adelante se celebrará cada año el viernes inmediato a la octava del Corpus»** (Marsella a 22 de octubre de 1720. Enrique, Obispo.)

**I**NFORMADO de ello monseñor Enrique Xavier de Belsunce, el 22 de octubre se decide a pedir ya el socorro al Sagrado Corazón de Jesús. Comienza recordando las palabras de santa Margarita María en el relato de la gran revelación de 1675, exhortando a sus fieles a la penitencia y arrepentimiento, ya que ante los males que nos afligen, dice sólo cabe recurrir al Corazón adorable de Jesús, «que ama a los hombres, incluso a los ingratos y pecadores, hasta agotarse y consumirse para testimoniarles su amor».

Tras lo que dispone establecer la fiesta del Corazón de Jesús: «Para aplacar la cólera de Dios y hacer cesar el temible azote que asola el rebaño que me es siempre tan querido, para hacer honrar a Jesucristo en el Santísimo Sacramento, para reparar-

HOC · OSTIUM  
ARCAE



los ultrajes que se le han hecho por las comuniones indignas y sacrílegas y por la irreverencias que sufre en este misterio de su amor por los hombres, para hacerle amar por todos los fieles a nos confiados, en fin, en reparación de todos los crímenes que han atraído sobre nosotros la venganza del cielo, venimos a establecer y establecemos en toda nuestra diócesis, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, que desde ahora en adelante se celebrará cada año el viernes inmediato a la octava del Corpus, día en que ha sido fijada ya en diversas diócesis de este reino, y hacemos de ella fiesta de guardar en toda nuestra diócesis, permitiendo que ese día cada año el Santísimo Sacramento sea expuesto en todas las iglesias de las parroquias de esta ciudad, así como en todas las comunidades seculares y regulares de toda nuestra diócesis... ¡Felices mil veces los pueblos que por su alejamiento de las novedades profanas, por su firme mantenimiento de la antigua y santa doctrina, por su humilde y perfecta sumisión a todas las decisiones de la Iglesia, esposa de Jesucristo, por la regularidad y santidad de su vida, serán hallados conformes al Corazón de Jesús, y cuyos nombres serán escritos en este adorable Corazón! Él será su guía en los caminos peligrosos de este mundo, su consuelo en su miseria, su asilo en las persecuciones, su defensor frente a las puertas del infierno, y sus nombres jamás serán borrados del libro de la vida. Dado en Marsella a 22 de octubre de 1720. Enrique, Obispo».

### **Procesión del día de Todos los Santos de 1720**

**C**OMO este año de 1720 la octava del Corpus ya había pasado, y la gravedad de la situación no permitía esperar hasta el mes de junio del próximo, dispone el prelado que ocho días después, el primer viernes uno de noviembre, se ce-

lebre este año por primera vez la fiesta del Corazón de Jesús, ordenando una procesión expiatoria, tras la que se le consagrará él con toda su diócesis. La idea de la procesión no agrada al gobernador ni a los munícipes de la ciudad, pues dicen debe evitarse que la aglomeración de gentes dé mayor fuerza a la peste, pero el obispo se reafirma en su decisión, y como jefe religioso que no depende de nadie en el país, prepara un gran altar en el bien aireado y amplio paseo principal de la ciudad. El día de Todos los Santos, desde la aurora, las campanas de todos los templos, mudas desde hace cinco meses, cantan a los cuatro vientos la gran solemnidad, y a su eco suena la libertad y renace la esperanza en los corazones arrepentidos.

Satanás, furioso contra la idea del obispo, desató dificultades: los elementos parecían adversos, pues desde el amanecer soplaban un mistral tan violento que hacía muy difícil saliera la procesión, pero el obispo no se amilanó, y a su inicio se calmó hasta el punto de que no se apagaron los cirios del altar sito en lo alto de una explanada abierta a los cuatro vientos. Cuando todo hubo terminado, volvió a soplar el mistral con tal furor que hundió varias barcas en el puerto.

A las diez de la mañana el obispo monseñor Belsunce, descalzo, con una soga al cuello, avanza lentamente llevando una cruz en brazos como víctima expiatoria cargado con los pecados del pueblo. Detrás suyo el clero seguido de los ciudadanos de Marsella, pálidos, descarnados por los sufrimientos de largos meses, que quieren rezar con su gran obispo y consagrarse con él al Corazón de Jesús. Monseñor Belsunce desde el altar pide a sus diocesanos arrepentidos una entera confianza en el Corazón de Jesús, y de rodillas, con un cirio en la mano, con fuerte voz hace el acto de reparación: «Oh Corazón adorable del Salvador de todos los hombres, en esta solemnidad de vuestra fiesta os consagro de nuevo, esta ciudad y su diócesis, mi corazón y el de todos mis diocesanos. Os entregamos nuestros corazones a vuestro divino servicio sin reserva y para siempre. Dios de bondad, venid a tomar posesión de ellos, venid a reinar como único Señor y a desterrar de él el amor profano y criminal de las criaturas y de los bienes perecederos. Apartad todo lo que os desagrade, purificad sus intenciones, adornadlo con todas las virtudes que pueden hacer sus corazones semejantes al vuestro, suaves, humildes y pacientes; abrasadlos con el fuego sagrado de vuestro amor. Que nunca olviden los santos propósitos que han hecho en estos días de duelo y lágrimas... Que no palpiten sino para vos para que nuestros nombres estén escritos en vuestro Corazón como en el libro de la vida, os adoramos, alabamos, y bendecimos, y os amamos para toda la eternidad. Así sea». Luego



monseñor Belsunce celebra la misa y bendice con el Santísimo a su desgraciado pueblo y a su desolada ciudad episcopal.

Los concejales tomaron el acuerdo de no asistir a la ceremonia, pues desaprueban la fe del prelado y censuran su imprudencia. Aseguran que al día siguiente de la aglomeración religiosa el número de moribundos será espantoso. Pero, como escribe monseñor Belsunce: «Por el contrario, Dios dispuso de otro modo», y la peste no hizo sino disminuir. El obispo convocó a sus fieles a nuevas procesiones el 15 de noviembre y la vigilia de fin del año 1720. La peste había perdido casi toda su fuerza y ya sólo entraban tres o cuatro nuevos enfermos al día en el hospital.

El eco de la ejemplar conducta del obispo Belsunce se extendió por toda Francia y el Regente quiso premiarle ofreciéndole el prestigioso obispado de Chalons, pero lo rehusó; no era hora de dejar Marsella sino de preparativos para la próxima solemnidad de la fiesta del Corazón de Jesús, en que esperaba celebrar su triunfo.

### **Procesión en la fiesta del Corazón de Jesús el 20 de junio de 1721**

**L**AS iglesias seguían cerradas por orden gubernativa, y el ayuntamiento volvía a desaconsejar la reunión de multitudes, pero monseñor Belsunce convocó a sus diocesanos para el 20 de Junio, viernes siguiente a la octava del Corpus, a la procesión que, bajando desde el centro urbano al puerto, y retornando hasta la catedral, atravesaría toda la ciudad, concediendo a sus asistentes cuarenta días de indulgencia.

Al atardecer del día 19, vigilia de la fiesta, voltearon todas sus campanas de la ciudad en repique general, se dispararon morteretes de pólvora, y se mandó al clero que recitara las vísperas dobles del Corazón de Jesús con conmemoración de la octava

del Corpus. El obispo dispuso: «Como el Corazón de Jesús, siempre abrasado por las llamas de su amor a los hombres, en especial por los más ingratos, ha sufrido más que lo que sufrieron todos los mártires juntos, hemos dispuesto que los ornamentos que se utilizarán de ahora en adelante en nuestra diócesis el día de la fiesta del Corazón de Jesús, serán de color rojo, como el día de Pentecostés».

El viernes, día de la fiesta del Corazón de Jesús, el obispo dijo misa solemne en su honor en la catedral, y a las cinco de la tarde llevó el Santísimo a la gran procesión. Las cofradías con sus hábitos y capuchones abren la marcha. Va en cabeza la de los carmelitas que amortajan a los pobres, y en largas colas las demás de las que forman parte todas las clases sociales de la ciudad. Les siguen las comunidades religiosas, varias de las cuales habían perdido más de la mitad de sus miembros, el clero secular, los capellanes de la armada y el capítulo de la catedral, en el que se notan muchos vacíos. Sigue una enorme multitud de fieles acompañando al Santísimo Sacramento en el que vive glorioso el Corazón de Jesús. Las tropas de la guarnición y la milicia de la ciudad con sus armas guardan carrera por todo el recorrido. Toda Marsella, llorosa y arrepentida, ruega y espera. Una descarga de artillería saluda la salida de la Hostia de la catedral; al llegar al puerto las baterías de los fuertes de San Juan y San Nicolás y los cañones de las galeras engalanadas aclaman al Señor con sus salvas. Monseñor Belsunce se arrodilla al pie del altar en que deposita al ostensorio y entre un silencio general recita la fórmula del acto de reparación en nombre de sus diocesanos, cuyo texto había impreso y repartido con profusión, y la petición de que el Corazón de Jesús tome como suyos y para siempre a la ciudad, a su pueblo y a su clero. Es el más solemne de los triunfos que el Corazón de Jesús había tenido hasta ahora en la historia, pero Marsella y Mons. Belsunce harán todavía más en algunos meses.

**«Anunciad a todas las naciones la gloria, el poder y las misericordias infinitas del Sagrado Corazón de Jesús que acaba de obrar tan grandes prodigios en nuestro favor.»**

**L**A peste parece haber desaparecido y a finales de agosto de 1721 se abren las iglesias y el día de san Miguel el obispo invita a sus diocesanos a «Dar gracias al Corazón de Jesús al que debemos nuestra liberación de un modo tan admirable» y dirigiéndose a los navegantes les dice: «vosotros que atravesáis los mares, publicad sus maravillas de uno a otro confín de la tierra; anunciad a todas las naciones la gloria, el poder y las miseri-

cordias infinitas del Sagrado Corazón de Jesús que acaba de obrar tan grandes prodigios en nuestro favor y que ha hecho que la alegría suceda a las largas y afrentosas calamidades que hemos sufrido».

**«Cantemos, bebamos y comamos porque mañana moriremos»**

**P**ASADA la peste, los supervivientes quieren olvidarse deprisa de sus sufrimientos y se entregan con pasión desbordada a sus más bajos instintos y a gozar sin límite de los placeres más sensuales. «Cantemos, bebamos y comamos porque mañana moriremos» Multitud de viudos y viudas se apresuran en unirse de inmediato en nuevos matrimonios, que el pueblo llama «bodas apestadas». Monseñor Belsunce se queja de tal ingratitud, y denuncia estos desórdenes, pero no se le escucha, pues dicen no se deben ya recordar pasados hechos luctuosos. Los jansenistas, mudos y ocultos durante la peste, reaparecen con sus intrigas.

Monseñor Belsunce escribe a su amigo monseñor Languet: «El temor a la peste y a la muerte, y todos los horrores de los que habéis visto un fiel retrato, han tenido las pasiones cautivas. La cercanía de la liberación ha hecho cesar este temor, el dique se ha roto, y la inundación de ciertos crímenes es afrentosa, y creo es lo que tiene en suspenso las gracias que esperamos, y ello me hace temblar, pues quien es capaz de ser malo ahora no se corregirá nunca sin uno de esos milagros de la gracia que raramente llegan».

El obispo no se equivocaba, y el primero de mayo de 1722 la peste vuelve a hacer aparición y se dispara el pánico. Todo el que puede huye de la ciudad. Tras la pavorosa experiencia de dos años antes, carruajes y carretas colapsaban las salidas, y más de la mitad de la población escapa al campo. Todo parecía otra vez perdido, pero monseñor Belsunce entendió que este rebrote de la peste iba a ser la ocasión de que las autoridades, que no habían querido sumarse a su anterior consagración al Corazón de Jesús de la ciudad y la diócesis, pudieran reparar su ausencia con un voto a perpetuidad de ir todos los años en el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús a oír misa y comulgar en la iglesia de la Visitación y, en reparación de los crímenes de esta ciudad, ofrecer un cirio o hachón de cera blanca para que arda ante el Santísimo Sacramento, y asistir por la tarde de ese día a una solemne procesión de acción de gracias.

De cómo propuso monseñor Belsunce este voto a los regidores de Marsella, y de cual fue su respuesta, daremos cumplida cuenta en el próximo artículo.



## Pequeñas lecciones de historia

### J.S. Bach: el mensaje de la «Pasión según san Mateo»

GERARDO MANRESA

**C**UANDO Bach acabó de escribir la *Pasión según san Mateo*, que estrenaría el día de viernes santo de 1727 en la iglesia de Santo Tomás de Leipzig, junto a la firma, como acostumbraba a hacer en muchas de sus obras, ponía: «para gloria de Dios». Su esposa, Ana Magdalena, explica en el libro que escribió sobre la vida de su marido, que él estaba convencido de que su música hacía bien a sus alumnos y a todos los que la oían.

En 1999, más de doscientos cincuenta años después, el director de orquesta y musicólogo japonés Tadashi Isoyama, escribía (reproducido del programa de mano del concierto de la *Pasión*, que tuvo lugar el 8 de abril de 2004 en Barcelona):

«(...)

»Hasta aquí mi comentario se ha centrado en los recursos originales empleados por Bach en la *Pasión según san Mateo*. Pero yendo más allá y teniendo en consideración la totalidad de la obra del autor, ¿qué intenta decir el autor?

»Una parte de la respuesta se encuentra en el solo de tenor, *Ich will bei mein Jesu wachen* (“Yo quiero velar junto a Jesús”, núm. 20): la causa última de la entrega de Jesús a tanto sufrimiento y miseria es el vicio (o “pecado”) que habita en el corazón de cada uno de nosotros, un punto que la *Pasión según san Mateo* reitera incesantemente. La profundidad con que Bach tenía asumido este mensaje se puede ver en la escena de la Última Cena, cuando Jesús dice a los discípulos que uno de ellos le traicionará.

»Éstos, muy angustiados, empiezan a preguntar uno por uno: “¿Soy yo, Señor?”. Después, en el Evangelio, Judas hace la misma pregunta, y a pesar de que queda muy claro que el traidor es él, el compositor interrumpe aquí el hilo narrativo para insertar el coral: *Ich bin's ich sollte büssen* (“Soy yo quien lo merecía”, núm. 10), el cual lleva implícito el mensaje que la verdadera responsabilidad no descansa solamente en Judas, ni en los judíos como personas, sino en toda la humanidad. Así enfatiza la conciencia que no era sólo el hecho de la traición de Judas, sino la profunda maldad humana, aquello que hizo necesaria la salvación por parte de Dios. La

escena prefigura así el aria del arrepentimiento de Judas, núm. 42, en la segunda parte.

«Para acabar, solo añadiré que la *Pasión según san Mateo* es una música que llama a la reflexión y al despertar de la humanidad. Incita a las personas al arrepentimiento y las motiva a emigrar del vicio (o pecado) hacia la liberación y la salvación, idea que no es necesario interpretar exclusivamente desde el contexto cristiano. El estado mental de arrepentimiento no se restringe al significado que le da la Iglesia, es también útil para el día a día del hombre y la mujer actuales.

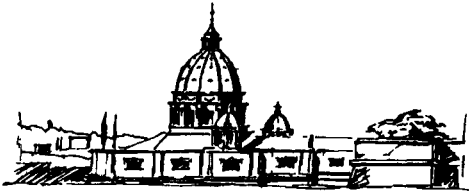
»Hoy, cuando cada vez es más natural insistir en la preeminencia de los derechos humanos, también vemos como la justificación se suele combinar con los ataques críticos hacia los otros. El sentido de la importancia de ser capaz de percibir los propios vicios y reflexionar para guiar la construcción de la propia vida, parece haberse perdido en gran medida. Y ciertamente, ¿no es la salvación imposible sin un despertar por los dos lados?

»La *Pasión según san Mateo* limpia la obstinación del corazón, al tiempo que empuja el espíritu hacia la autorreflexión y el ejercicio de la conciencia. Y el corazón retiene el mensaje. Sólo puede ser éste el efecto de la maravillosa música de Bach. Si bien sería una tentación acabar con alguna frase grandilocuente y ostentosa, quiero decir, sin exageración, que este es el verdadero sentido que me ha acompañado siempre en el curso de mi prolongado vínculo con la obra».

\* \* \*

Vale la pena escuchar y seguir la obra, leyendo junto con la narración de los capítulos del Evangelio, la letra de las arias, recitativos y corales, porque ayuda a acercarnos y acompañar a Jesús sufriente y, sin duda, al final exclamaremos con los versos de la última aria:

*Purificate, corazón mío,  
Quiero enterrar a Jesús en mí  
Pues él será sólo para su dulce descanso.  
¡Mundo, sal fuera, Jesús ven a mí!*



# ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

## Las reliquias de santo Domingo Savio en Sevilla

**E**L próximo mes de mayo las reliquias del primer santo entre los discípulos de san Juan Bosco llegarán a la diócesis de Sevilla con el fin de que «los jóvenes, mirándose en el ejemplo de santo Domingo Savio, encuentren un verdadero proyecto de vida con autenticidad cristiana».

En una carta escrita por el arzobispo de Sevilla, titulada «Una visita deseada: santo Domingo Savio en Sevilla», el cardenal Amigo manifiesta su alegría por la visita y valora la ocasión que permitirá un acercamiento «a lo que significa la santidad y lo que representa para los niños y los jóvenes de nuestros días». «El acercamiento a este singular modelo de espiritualidad juvenil, que es santo Domingo Savio, constituirá una providencial ayuda en este momento de no poca confusión en el que viven muchos de nuestros jóvenes».

Ante «los discursos que se hacen sobre la juventud» y los «ofrecimientos engañosos de paraísos sin Dios y sin moral», el prelado sostiene que «los jóvenes no quieren renunciar a un patrimonio que les pertenece: la vida», cuya existencia no es posible «sin una sincera fe en Dios y un seguimiento fiel de Jesucristo (...) ideal completo para una vida auténtica».

En este contexto, el prelado cree que la antigua costumbre eclesial de venerar las reliquias de los santos, que tendrá lugar también en Sevilla, es una «ocasión para alabar a Dios en sus santos y proponer la vida de este santo joven, como ejemplo para todos y, en particular, para los jóvenes».

## Encontrada la lápida funeraria de santo Tomás de Villanueva

**L**A lápida del sepulcro original de santo Tomás de Villanueva, encontrada en la localidad valenciana de Rocafort, ha sido trasladada a la catedral de Valencia gracias a la donación que sus propietarios han realizado al arzobispado.

La lápida contiene una imagen del santo de tamaño natural, tallada en mármol, que se encuentra en perfecto estado de conservación a excepción de algunos rasgos del rostro, como la nariz y los pómulos, que fueron destrozados, al parecer, por las tro-

pas napoleónicas que destruyeron el monasterio del Socorro donde se hallaba esta pieza artística.

Tomás de Villanueva, fraile agustino y confesor de Carlos I y Felipe II, fue arzobispo de Valencia desde 1544 hasta 1555. Fue canonizado en 1688 por el papa Alejandro VII. Precisamente este año se celebra el 450 aniversario del fallecimiento del santo, cuyas reliquias se veneran desde entonces en la seo valenciana.

**«Es necesario sacar a la luz y estudiar con rigor, hondura y serenidad las fuentes de la persecución religiosa en España.»**

**L**A Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española ha organizado el II Curso sobre «Planteamiento y métodos de las causas de los santos», dirigido a especialistas implicados en las causas de los santos y que, en esta ocasión, prestará una especial atención a los mártires de la persecución religiosa en España.

María Encarnación González, directora de la Oficina para las Causas de los Santos de la CEE y ponente del curso, recordaba las palabras de Juan Pablo II en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires. Las persecuciones de creyentes –sacerdotes, religiosos y laicos– han supuesto una gran siembra de mártires». También desde la investigación histórica, aseguraba María Encarnación González, podemos afirmar que durante el siglo xx el cristianismo ha experimentado la mayor persecución de todos los tiempos, por su duración, por el elevado número de víctimas y por la dureza y radicalidad de los procedimientos.

Al preguntarle la agencia Veritas sobre las dificultades que encuentra la Iglesia en España para hablar hoy de la persecución religiosa en nuestro país, resaltaba María Encarnación la ignorancia real de los hechos por parte de mucha gente, pese a lo muchísimo que se ha hablado y escrito sobre el tema. Todo el mundo sabe que hubo muchos mártires, que gran parte de ellos sufrieron tremendas vejaciones y torturas antes de la muerte, pero se han considerado poco las actitudes con que sufrieron el martirio. Ade-

más, con frecuencia se han inscrito los hechos más en el contexto de una guerra que en el de una fe vivida hasta sus últimas consecuencias. Por todo ello, ve necesario sacar a la luz y estudiar con rigor, hondura y serenidad las fuentes de la persecución religiosa en España, y considerar los hechos tanto desde el punto de vista de los perseguidores como de los perseguidos. Hay que ver los motivos reales de quienes se lanzaron a suprimir brutalmente a los creyentes y hay que ver las actitudes reales de quienes entregaron su vida a causa de la fe así como la consideración de una generación martirial —o martirizada—, que acompañó el martirio cruento de muchos de los suyos, participando de sus mismas actitudes de silencio y de perdón. Quienes sobrevivieron, sufrieron el martirio del corazón en el de sus padres, sus hijos, sus cónyuges, su párroco, sus feligreses, sus amigos, sus vecinos... Pasados los primeros momentos, las circunstancias históricas y la llegada al escenario nacional de una generación que no había vivido los hechos tan de cerca, o desde otras actitudes, politizaron el tema en diversos aspectos y desde distintas tendencias. Aquí es donde se creó la dificultad.

Finalmente, la directora de la Oficina afirmó que el testimonio de nuestros mártires nos debe llevar a saber vivir nuestra fe en una sociedad o en una circunstancia hostil a ella y que puede incluso llegar a costarnos la vida. El testimonio de quienes no dudaron en aceptar el martirio a causa de la fe constituye una lección bien elocuente. Y es de notar que no fueron sólo trece obispos, o más de cuatro mil sacerdotes diocesanos, o casi tres mil religiosos sino que hubo también un incontable número de laicos: jóvenes de Acción Católica, profesionales de todos los ámbitos, personas de asociaciones, cofradías... o que se distinguían por sus prácticas de piedad o su vida parroquial. Incluso niños, animados por el ejemplo de sus padres. Las narraciones de estos hechos, que recuerdan las actas de los primeros mártires del cristianismo, a nadie pueden dejar indiferente.

### **Primera procesión eucarística en China tras 56 años**

**T**ODO comenzó en el pueblo de Yongan, perteneciente a la diócesis china de Zhouzhi (Shanxi), donde mora una comunidad de quinientos católicos pastoreados por un anciano párroco de 80 años de edad. Hasta aquellas lejanas tierras llegó el eco de la proclamación por el papa del Año

de la Eucaristía y los miembros de esta comunidad que de generación en generación han ido transmitiéndose la fe pese a la persecución comunista decidieron realizar todos los jueves media hora de adoración al Santísimo. Una vez comenzada esta iniciativa, decidieron manifestar en la calle, ante sus vecinos, lo que vivían cada semana en su modesta iglesia. De esta manera, los católicos de Yongan, atravesando cinco pueblos convecinos, dieron un testimonio público de fe y adoración al Santísimo Sacramento en un país en que la religión cristiana sigue perseguida por las autoridades civiles.

De hecho, la agencia AsiaNews, perteneciente al Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, ha publicado estos días una lista con los nombres de 19 obispos y 18 sacerdotes católicos chinos que permanecen detenidos, algunos de ellos en paradero desconocido, por el único crimen de permanecer fieles a la sede de Roma y no haber cedido a la imposición de encuadrarse en la Asociación de Católicos Patrióticos, controlada por el régimen comunista de Pekín.

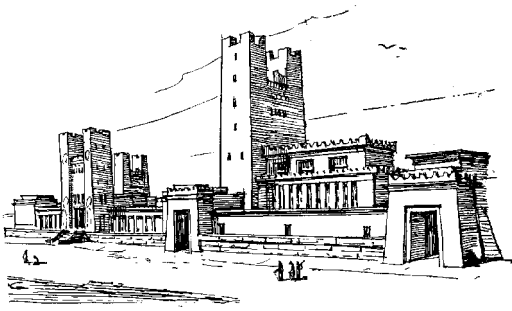
### **Programa de la peregrinación a Zaragoza**

**L**A Conferencia Episcopal continúa estudiando el programa definitivo de la peregrinación a Zaragoza que con motivo del 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción tendrá lugar los próximos 21 y 22 de mayo, coordinando la preparación que se está llevando a cabo en cada diócesis.

El programa provisional empezaría el sábado 21 con un acto mariano en la plaza del Pilar para continuar con un acto de los jóvenes en el seminario diocesano y acabar por la noche con el Rosario de Cristal, una marcha de jóvenes hacia el Pilar y una vigilia seguida de la adoración nocturna. Al día siguiente se rezarían Laudes en distintas parroquias según las provincias eclesiásticas y luego se celebraría la misa solemne en la plaza del Pilar, presidida por el nuevo presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Ricardo Blázquez, y en la que se renovará la consagración de España al Corazón Inmaculado de María.

Las diócesis que ya tienen actos organizados con motivo del 150 aniversario del dogma de la Inmaculada son Almería, Ávila, Calahorra y la Calzada-Logroño, Córdoba, Granada, Huelva, Jaén, Madrid, Málaga, Orense, Sevilla, Sigüenza-Guadalajara, Valencia y Zamora.





## ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT  
y SANTIAGO ALSINA CASANOVA

### El doble rasero occidental

**L**A muerte del presidente de Togo, Eyadema, ha vuelto a poner de manifiesto toda la hipocresía del doble lenguaje occidental. Eyadema llegó al poder hace 38 años, gobernando como dictador hasta 1991, año en que inició una serie de elecciones, todas ganadas por él mismo, llegando incluso, en una ocasión, a detener el recuento para declararse vencedor. Ganó también un referéndum con el 99,95 % de los votos, al tiempo que varios oponentes políticos desaparecían sospechosamente. Ninguno de estos sucesos debilitó el entusiasmo de los últimos cinco presidentes franceses. El último de ellos, Jacques Chirac, al tener noticia de la muerte del presidente togoleño le definió como un «amigo personal íntimo, mío y de Francia». Mientras, los militares de Togo han impuesto ya a Faure Essozimna Gnassingbé, el hijo del anterior presidente, como nuevo presidente. Una vez más se constata que, tras la retórica vacía, las potencias occidentales están dispuestas a sostener a todo tipo de canallas siempre y cuando sean «sus» canallas.

### Avances hacia el nuevo Imperio chino

**E**L influjo de China no cesa de acrecentarse. Diversos hechos testimonian esta tendencia que, lenta e inexorable a un tiempo, va cambiando la faz de las relaciones internacionales y de los equilibrios de poder mundiales.

En primer lugar, la nueva ley antisecesión aprobada por el parlamento chino que legitima una intervención militar china en Taiwán en caso de que la isla declarase su independencia. Aunque, de hecho, Taiwán sea un estado independiente y soberano, los herederos del Kuomintang de Chiang Kai Check refugiados en Taiwán siempre han afirmado formar parte de una única China. Para los comunistas la isla sería una provincia rebelde, para los nacionalistas, el continente sería territorio rebelde, pero ambos coinciden en afirmar la unicidad de China. Este modo de hablar se vio en peligro en fechas recientes por el avance de los llamados partidos independentistas taiwaneses, partidarios de declarar

la independencia y así dejar constancia formal de lo que ya es un hecho y emprender un camino definitivamente desligado de la China continental. No obstante, las elecciones del año pasado devolvieron el poder al viejo Kuomintang y alejaron por el momento el peligro de una declaración de independencia. ¿Por qué entonces esta ley ahora, cuando la integridad china no está cuestionada? Parece que la diplomacia china ha querido dar una nueva vuelta de tuerca, reafirmando sus pretensiones y lanzando un mensaje claro: a tiempo y a destiempo, la integridad de China es innegociable, Taiwán acabará siendo parte de China a todos los efectos.

La diplomacia china actual ha demostrado que no entiende de matices, tiempos y prudencias, y avanza sin detenerse en menudencias avalada por su creciente poder. No es ajena a esta actitud el triunfo cosechado con una política de hechos consumados en el Tíbet. Tras la invasión de 1959, la forzosa «sinización», la implantación de millones de colonos chinos y el desarrollo económico de la región han transformado la realidad del Tíbet, que ahora se ha convertido en una provincia china más. Mientras, los millares de exiliados encabezados por el Dalai Lama y refugiados principalmente en la India, han reclamado siempre la recuperación de la soberanía tibetana. Pero las presiones de todo tipo y desde todos los ámbitos que han arreciado sobre las autoridades chinas no han conseguido variar ni un ápice la política despiadada de China en la región que, tras varias décadas, ha conseguido crear una situación de facto difícilmente reversible. Las declaraciones del Dalai Lama al *South Morning China Post*, «Tíbet es parte de China y la cultura tibetana y el budismo forman parte de la cultura china» suponen un cambio radical de orientación por parte tibetana y un evidente éxito de la política china. Este éxito ha sido un elemento clave a la hora de orientar la política hacia Taiwán en unos términos más agresivos: si en el Tíbet la fuerza ha acabado por doblegar toda resistencia, ¿por qué no podría ocurrir otro tanto en Taiwán?

Las palabras de la secretaria de Estado norteamericana, Condoleezza Rice, unos pocos días después («existe inquietud sobre el alto gasto militar chino, así como por el potencial poder militar que pueden

alcanzar y su grado de sofisticación»), advirtiendo del peligro que supone la carrera de armamentos que ha emprendido China no parece que vaya a hacer mella en el gigante asiático. Al contrario, reconocer este rearme y, al mismo tiempo, mostrarse incapaces de detenerlo, debilita la imagen norteamericana y fortalece a una China que sus vecinos ven cada vez más con mayor temor y reverencia, tanto mayor cuanto el paraguas norteamericano se ve cada vez más impotente para frenar a una China cada vez más hegemónica, por el momento limitada al escenario asiático.

## Elecciones en Iraq

**A** dos años del inicio de la guerra de Iraq van aclarándose muchos aspectos sobre la nueva situación creada por el conflicto y la caída del régimen de Saddam Hussein. Sin entrar ahora a discutir acerca de la legalidad de la guerra, cuestión ya tratada en estas páginas, sí podemos señalar algunos puntos que, a estas alturas, parecen incontrovertibles.

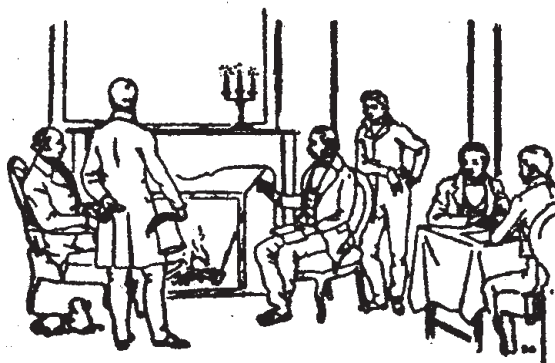
En primer lugar, y mal que le pese al progresismo dominante, Iraq no es un nuevo Vietnam. El goteo de soldados americanos muertos es constante pero de baja intensidad, totalmente asumible por un gobierno y una sociedad norteamericanos muy diferentes de los existentes en la década de los sesenta. Pero tampoco es un paseo triunfal en el que los iraquíes, agradecidos por la instauración de la democracia liberal, reciban con los brazos abiertos a los militares norteamericanos. Mucha gente, la mayoría, han visto con gozo cómo se libraban de la tiranía de Saddam Hussein, sin por ello haberse convertido al credo democrático; aquellos que se beneficiaban del régimen baasista han pasado a la oposición armada.

Las elecciones realizadas, que se han presentado por la prensa occidental como un gran éxito, también adquieren otro cariz si se las observa de cerca.

Es cierto que el clima de intimidación y atentados no logró detener, al menos en la medida que hubieran deseado, el proceso electoral. Los iraquíes sunitas, que encabezan la resistencia armada, tanto de carácter baasista como yihadista, y en cuyos barrios el riesgo de atentado era más elevado, votaron en un porcentaje pequeño. La mayoría chiíta, por el contrario, se volcó para no dejar pasar la gran oportunidad de hacerse con el poder después de décadas de marginación. Otro tanto ocurrió en el norte kurdo donde el apoyo a los candidatos nacionalistas kurdos fue masivo. En definitiva, las elecciones han sido un paso más en el deterioro de la identidad de Iraq como estado unitario y reflejan la profunda división entre los tres grandes grupos que forman el país.

De hecho, los partidos no confesionales han conseguido unos pésimos resultados, dejando el país en manos de la coalición chiíta liderada por el ayatollah Ali Sistani, que con 140 de los 275 diputados del Parlamento consigue la mayoría absoluta. La segunda fuerza la componen los kurdos, con 75 diputados. Ahora la misión de este parlamento será redactar una constitución y su punto más problemático será el papel que reserve al islam. Sistani, el ayatollah moderado, ya ha advertido de que no concibe un Iraq sin aplicación de la ley civil islámica, la *sharia*.

Malos augurios, pues, para la milenaria comunidad cristiana iraquí, que después de sufrir ataques sobre sus iglesias y secuestros de sus pastores contempla impotente el horizonte de una islamización inexorable. No es de extrañar que miles de cristianos iraquíes estén abandonando su país, repitiendo así una constante en la vida de la mayor parte de las comunidades cristianas de Oriente a lo largo de las últimas décadas. De este modo, se intensifica el proceso, misterioso sin duda, por el que las tierras que primero escucharon la buena nueva de Cristo van quedando vacías de cristianos. Porque se puede discutir acerca de si en el futuro Iraq habrá un lugar para la democracia, pero parece bastante más seguro que no lo habrá para los cristianos.







EVAN McIAN

VICENTE VERDÚ

*El estilo del mundo*

Anagrama

Barcelona, 2003

**E**STE libro, que dice hablar del estilo del mundo, intenta dar razón de esta pasión por el maquiillaje que se apelonona en el rostro de Occidente. El ser parece haber desalojado nuestras ciudades con la supuesta muerte de Dios, y la apariencia ha ocupado su puesto. Toda la realidad ha perdido su profundidad o, mejor, se nos ha ocultado del modo más hermético. Recuperando, sin saberlo, a Heráclito, el hombre de hoy parece rezar oraciones como: «lo único que no cambia es el cambio». Con ello diviniza al devenir y convierte en reaccionario y tremendamente conservador el eslogan del PSOE de cuando Felipe González, que llamaba a la revolución *light* clamando por «el cambio».

Sin embargo, cuando el tiempo se hace líquido y fluye como un río, sin dejar otra huella que su nicho (en este caso, podríamos decir, también el «nicho» de la humanidad), empiezan a suceder cosas no demasiado lógicas. El principio de no contradicción pasa a ser el mondadientes de aquel «genio maligno» que Descartes no dejó ni nacer y que Nietzsche subió al hombro de Zarathustra llamándole «espíritu de la pesadez». La única ley parece ser el azar. El mundo, pues, resulta insoportable. A no ser, claro, que matemos en el hombre lo más humano que tiene: ese constitutivo deseo de belleza (orden), de verdad (en la vida real y concreta, no de modo abstracto), de bien (amabilidad), de unidad (de «toda» la vida)...

Un hombre no «chernovylizado», cuya ontología no ha sido aniquilada por los crematorios de Dachau, no puede vivir en un mundo que autoproclama el caos y la casualidad como su única ley, al estilo de aquella *Rayuela* de Cortázar que cada lector leía como le daba la gana. Un hombre que todavía no hubiese pasado bajo la apisonadora de las novelas solilóquicas de Thomas Bernhard, ante muchas de las cosas que este mundo nos pone en las narices no podría sino gritar, como mínimo.

Pero no hay peligro, dice Verdú, el «capitalismo de ficción» permite solucionar el problema de falta de correspondencia que sorprendentemente no está generando más que «algunos» efectos secundarios: se triplican los casos de depresión en el mundo en el plazo de 50 años (actualmente parece que tenemos unos 700 millones en el mundo y 6 millones en España); en el 2015 el sector entretenimiento representará el 50% del PIB americano; ya en 1999, «las 200 sociedades de mayor capi-

talización bursátil superaban la suma del producto interior bruto de 150 naciones y las diez multinacionales más importantes, en cada sector, controlaban el 86% de las telecomunicaciones, el 70% de los ordenadores, el 85 % de los fertilizantes»; en USA, la desigualdad proporcional entre los sueldos de un empleado y un alto directivo en una empresa se ha incrementado 10 veces en un plazo de 20 años (antes la proporción era de 1 a 40, ahora de 1 a 400); «el 78 % de los propietarios de mascota saluda en primer lugar a su animal al llegar a casa, frente al 13 % que saluda primero a su cónyuge»; «en las Universidades de Harvard, Georgetown o Rutgers la asignatura «Derechos de los animales» forma parte troncal de los planes de estudio», etc.

La descripción que hace Verdú del «proble-món» (podría ser el nombre de una ONG por crear) es muy buena, como la de Lipovetsky en su célebre trilogía. Sólo habría que recriminarle tres pérdidas de papeles ideológicas: por un lado, el análisis se centra básicamente en lo económico (quizá también en lo tecnológico) cuando el problema de la globalización, él mismo lo dice en ocasiones, no se restringe meramente al dólar, sino que abarca extensiones más amplias de la realidad como puede ser la cultura, donde USA deja de ser el principal culpable para dar mayor protagonismo a todas esas ideologías europeas de las que Verdú se sentiría deudor (además, es algo evidente para cualquier científico social hoy que USA tiene un mayor «capital social» que Europa, curiosamente, aunque también es verdad que el individualismo en el nuevo continente es especialmente cruento); por otro lado, cuando surge en su ensayo Dios o la Iglesia la pasión por los hechos que demuestra a lo largo del resto de páginas se tiñe de oscurantismos ideológicos que nos hacen recordar a Voltaire, Rousseau, Feuerbach, Marx... y, por fin, lo más impactante de todo: viendo todo lo que ve, no se le antoja un problema real, y sigue su narración como imbuido del espíritu del prozac más nihilista.

En cualquier caso, se trata de un libro recomendable. Está plagado de datos que nos permiten argumentar algo que muchos andábamos intuyendo. Algo está cambiando, y salvo que seas un iluso o que estés cierto de que la historia no la escribe el hombre en su trágica soledad, la cosa no pinta nada, pero que nada bien. Algunos que vivimos esta situación mundial como un misterio tendido entre nosotros y la felicidad, seguimos mirando esa leve línea entre el mar y el cielo que se pierde en el horizonte infinito, haciendo una pregunta con Pär Lagerkvist (no con Verdú): «¿Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia?».



## emos leído

ALDOBRANDO VALS

### Historia de una escalera descendente: heterosexualidad, homosexualidad y pederastia

*Eulogio López, desde hispanidad.com, sigue escribiendo con esa claridad, valentía y sentido del humor que sólo puede tener un cristiano. No podemos evitar, al leerlo, que nos venga a la memoria la figura de Chesterton, periodista y, aún más, polemista; relación ésta, estamos seguros, que Eulogio López recibirá entre aplausos y regocijo. Pues bien, esta vez le ha tocado a la libertad sexual, ese concepto tan evasivo, pues libertad hay una y el sexo, cuando no está ordenado, la destruye. Libertad sexual, de verdad, la de los matrimonios cristianos, y también la de los que, por amor a Cristo, han renunciado al sexo. Pero dejemos que sea Eulogio López quien hable:*

La policía española detuvo el pasado sábado a 19 personas como responsables de una red de pederastas. Una red en todas sus fases: captaban niños, les utilizaban como instrumentos sexuales, grababan las imágenes y luego las distribuían.

A partir de ahí, comenzó la sesión. El ministro del Interior, José Antonio Alonso, ministro del mismo partido que retiró del Código Penal el concepto de corrupción de menores, se felicitó por la operación policial (nos felicitamos todos, que conste).

La clase política y la clase periodística, que mantienen fuertes similitudes, con perdón de los periodistas, se lanzaron a una campaña de calificativos, que son las campañas donde se derrocha mayor talento. Por ejemplo, he podido leer eso de «lo peor de la sociedad», u «otra red execrable».

Y todo esto es bello e instructivo. En efecto, rasgar la inocencia de la infancia y alcanzar la tortura y el asesinato por móviles sexuales es muy fuerte hasta para los más insensibles. Ahora bien, con cada noticia sobre detención de pedófilos, a mí me surgen dos cuestiones: la prime-

ra es, ¿por qué la pedofilia es prácticamente siempre, homosexual? La segunda, si la pederastia es lo peor de la sociedad, ¿es porque la libertad sexual tiene límites? ¿No habíamos quedado en que no había límites, que las coacciones sexuales no eran más que inventos de los curas y de moralistas con halitosis?

Cuando se publicitaron los casos de curas pederastas en Estados Unidos (horribles, pero interesadamente exageradísimos), el entonces presidente de la Conferencia Episcopal norteamericana, monseñor Wilton Gregory, afirmó que la lucha continuaba para evitar que los homosexuales continuaran controlando los seminarios norteamericanos. Ya sabía de lo que hablaba, ya.

Al final, todo consiste en evitar una verdad palmaria: el homosexual no es más que un heterosexual degenerado, y el pederasta no es más que un homosexual aún más degenerado todavía. ¿Siempre? No, sólo en el 95% de los casos. La pederastia es buena prueba de ello.

La segunda cuestión no es menos relevante. Al parecer, el discurso cultural imperante ha decidido que la libertad sexual es absoluta... salvo si se trata de niños. Lo primero que habría que preguntar es: ¿Por qué ese límite y no otro? Pero, en cualquier caso, ¿no habíamos quedado en que no había límites, y en que sólo la libertad individual es lo que debe primar? Entonces, ¿por qué el veto al sexo con niños?

Quizás, porque la gente puede no tener conciencia, pero tiene estómago; puede no tener ética, pero tiene estética. El personal puede tener muchas tragaderas pero hay cosas que le producen, antes que nada, repugnancia».

Por cierto, que antes se decía que la Iglesia sólo habla de sexo. La verdad es que ahora habla de todo menos de sexo, y cuando lo hace emplea unos circunloquios tremendos. Pues bien, habrá que recordar que en la sexualidad hay límites, vetos y prohibiciones. Por ejemplo, habrá que recordar que el sexo no es la primera cuestión moral ni mucho

menos la más importante (antes del sexto mandamiento existen otros cinco, y el noveno viene precedido por otros ocho), pero sí guarda una peculiaridad: en el sexo no hay parvedad de materia. Las relaciones sexuales, o la vida sexual, o es una maravilla o es un pecado mortal (me encanta emplear este lenguaje de catecismo que tanto escandaliza a la progresía bienpensante): no hay término medio.

### John Lennon y la cultura de la muerte

*No es la primera vez que Joseph Pearce viene a nuestras páginas. El escritor inglés, editor de la revista Star, aborda en su editorial de febrero de 2005 lo que él llama «etnomasoquismo», un odio a la cultura cristiana que se presenta bajo ropajes suaves pero que esconde un nihilismo que nos lanza de cabeza a la cultura de la muerte contra la que tantas veces ha alertado el papa. Y, además, lo hace a partir de uno de los iconos del movimiento hippy y pacifista, John Lennon y su canción Imagine, que bajo una apariencia inocente ha envenenado a tantas almas. Reproducimos aquí parte del texto de Pearce:*

«Imagina que no hay cielo, es fácil si lo intentas, ni infierno debajo nuestro, encima de nosotros sólo las estrellas, imagínate a toda la gente viviendo para el momento».

Estas palabras, escritas por John Lennon, un hombre que dijo ser más popular que Cristo, son el inicio de *Imagine*, una canción que se puede considerar el himno de la cultura de la muerte. Lennon continúa pidiéndonos que «imaginemos que no hay países, ni tampoco religión», prometiéndonos que si tenemos la valentía de imaginar estas cosas, y de desearlas, no habrá nada «por lo que matar o morir» y que todo el mundo «vivirá en paz».

Este peculiar cóctel de budismo mal digerido y marxismo regurgitado

es, en esencia, iconoclasta. Busca dismantelar o deconstruir la cultura de la cristiandad y la fe sobre la que se ha fundado. Y lo busca porque, en el fondo, odia las raíces de las que brota. Es lo que podríamos llamar «etnomasquismo», el autodesprecio que lleva al odio de la propia herencia, de la propia cultura, de la propia religión, de la propia identidad étnica. Es masquista porque conlleva un placer perverso en la autodegradación asociada a la destrucción de la propia herencia cultural.

La iconoclastia etnomasquista rechaza y busca destruir el canon de la cultura cristiana sencillamente porque se trata del producto de un despreciable conjunto de gente que han cometido el atroz crimen de ser nuestros ancestros. Como bromeaba Chesterton, el tipo de persona que sucumbe a este perverso desarraigo es un *snob* cronológico que insensatamente se deshace de la escala por la que ha trepado.

[...] John Lennon estaba inconscientemente en lo cierto cuando nos pedía que imagináramos que no ha-

bía infierno bajo nosotros. Es posible que el infierno ya no esté debajo nuestro, pero seguro que está entre nosotros, rodeándonos. El conjunto de la historia post-ilustrada, de la que el *Imagine* de Lennon es un producto, ha llevado inexorablemente a la cultura de la muerte que es el infierno en la tierra.

«Puedes llamarme soñador, pero no soy el único...» dice Lennon. Su sueño es una pesadilla que se ha convertido en realidad. Y, hete aquí, no es el único. Son muchos y su nombre es Legión.



Madrid, 10 de marzo de 2005

Prof. D. Francisco Canals Vidal  
Schola Cordis Iesu  
Duran i Bas, 9 - 2º, 2ª  
08002 BARCELONA

Querido Profesor Canals:

Le escribo estas líneas, con todo afecto y reconocimiento, con motivo de los dos libros que ha editado recientemente, sobre los primeros Concilios ecuménicos, y acerca de las tesis de Santo Tomás de Aquino, que han tenido la amabilidad de hacerme llegar.

Junto con mi agradecimiento, reciba mi cariñosa felicitación por su espléndido trabajo, lleno de rigor científico, y al mismo tiempo de amor grande a la Iglesia, que sin duda hará mucho bien. Esté seguro de que el Señor se lo pagará como sólo El sabe hacerlo.

Quiero también aprovechar esta ocasión para enviarle mi saludo cordial, junto con mis deseos de una santa y fecunda celebración del Misterio Pascual que nos disponemos a vivir solemnemente en los próximos días. Cuente con mis oraciones, al tiempo que yo igualmente me encomiendo a las suyas.

Con todo afecto y mi bendición,

+ Antonio Mª Rouco Varela  
Cardenal-Arzobispo de Madrid

## El liberalismo económico

*Hace sesenta años esta revista dedicaba el primer número del mes de marzo a santo Tomás de Aquino y el segundo a la cuestión social. Dado que en el actual santoral santo Tomás ha sido trasladado al mismo día del mes de enero, nos parece más oportuno centrarnos en el número dedicado a la cuestión social en un aspecto menos frecuente en nuestras páginas, el de la economía. Y, precisamente es digno de ser meditado hoy el artículo de Enrique Ferrán.*

*Todo el número del 15 de marzo de 1945 estaba dedicado a contrastar la doctrina social católica con la doctrina social del sistema liberal y del sistema socialista que, aunque enfrentados, han vivido siempre de su común negación de la doctrina social católica –que pone al hombre como fin primordial de la sociedad– y, concretamente, de la negación del libre arbitrio humano, planteando las cuestiones sociales como determinadas por las «imparables fuer-*

*zas de la naturaleza». Y es notable comprobar hoy que liberales y socialistas comparten, cada uno a su manera, la misma doctrina que propugnó el gran revolucionario Juan Jacobo Rousseau. Varios artículos de CRISTIANDAD nos hablaban en este número de este personaje fundamental.*

*Nuestra revista, que se ocupa con frecuencia de los errores filosóficos y teológicos, esta vez se complace en dar a conocer también los errores del liberalismo económico, es decir, de aquel sistema que no atiende a ninguna realidad humana que haya de ser salvaguardada y promovida, sino sólo al ciego mecanismo del incremento de la producción y del mayor rendimiento del capital. El liberalismo económico es también una doctrina «subversiva y amoral». Aunque la situación de la economía española, cuando se escribió este artículo, era muy opuesta a la actual los principios anunciados por Enrique Ferrán, conservan todo su vigor.*

### «Constantes históricas» del espíritu humano

Resulta curioso, y más que curioso, interesante y fructífero, ir siguiendo a través de la historia del pensamiento humano el hilo, secreto algunas veces, otras completamente manifiesto, pero siempre constante, que une, a lo largo de los siglos, sus distintas manifestaciones en el orden religioso, filosófico, político... Un examen parejo, por poco que en él profundicemos, nos da la seguridad, de lo que podríamos llamar «constantas históricas» del espíritu humano, y a la vez que nos pone de manifiesto la relativa originalidad de muchas novedades ideológicas, nos hace ver que el devenir histórico no se produce al azar, como tiende a creer, ingenua y primariamente, el espectador que le es contemporáneo, sino obedeciendo a unas tendencias, que son manifestaciones ante nuestros ojos humanos, de una finalidad trascendental.

### Causa de la persistencia de muchos errores

Y no deja de ser raro el hecho de la permanencia de alguna de estas posiciones ideológicas. Es extraño, refutadas en el terreno teórico con la más plena demostración de sus errores, contradicciones y absurdos, subrayado su fracaso con las calamidades y

desgracias que sus intentos de aplicación han aportado, reaparecen al poco tiempo, y con simples variaciones circunstanciales, y un nombre nuevo, se ofrecen al entusiasmo de las gentes como la última panacea, capaz de remediar todos los males. Sí, es raro, pero algo de ello se entiende, si se piensa que esta su reaparición, viene siempre precedida del idéntico fracaso de la tesis contraria. Algo, pero no todo, pues es evidente, que este continuo movimiento de péndulo, entre una tesis y una antítesis, no puede obedecer exclusivamente al sucesivo fracaso de una y otra. Más clara aparece la cosa, si se observa que las dos son manifestaciones imperfectas de algo que es esencial al espíritu humano, o por decirlo más concretamente, que ambas tienen algo de verdad. Sí, todo error encubre siempre algo de verdad, y por ello capta y seduce voluntades. En este sentido, como recomendaba ya Pascal, es una regla de buena polémica reconocer la verdad parcial que ve el que se equivoca. Pero no nos engañemos. Sería pecar de optimismo creer que sólo por la verdad que contienen progresan muchos errores, superando todas las refutaciones y fracasos. No, sus mismos errores y desviaciones, en cuanto traducen y dan satisfacción a las mil y una flaquezas de la naturaleza humana, explican esta aparente extraña perduración. Inútilmente se las rechaza con la experiencia y la razón. El mal está en la voluntad. Este misterioso sentido

de rebeldía que deja oír su voz seductora en todas las conciencias, es una de las causas decisivas de la permanencia de la mayor parte de errores. Y así, sólo teniendo esto presente, se puede uno explicar el tesón con que la mente humana se ha adherido, especialmente desde el Renacimiento, a los principios filosóficos y sociales que, en el campo de las doctrinas económicas, han dado origen a la del liberalismo económico.

### Base ideológica del «liberalismo económico»

Esta doctrina descansa, en último análisis, o en un beatífico optimismo respecto del hombre, y unas supuestas leyes ciegas que rigen fatalmente la actividad humana y todo el devenir histórico, o en una concepción pesimista respecto a las posibilidades de la razón y voluntad humanas, para mejorar aquellas leyes, interviniendo activamente en el desarrollo de sus propios destinos. Lo primero ha inspirado toda la escuela optimista del liberalismo económico, que tanto predicamento alcanzó en Francia con «Las armonías económicas» de Bastiat. En esta obra se encuentran afirmaciones del tipo de la siguiente:

«Yo creo que el mal conduce al bien y lo *determina*; mientras que el bien no puede conducir al mal; de donde sigue que el bien debe terminar por triunfar... Opino que para el desarrollo tranquilo y gradual de la humanidad, basta que no sean perturbadas sus *inclinaciones*, y que éstas reconquisten la libertad de sus propios movimientos».

El pesimismo es el común denominador de la escuela inglesa, cuyos principios económicos, bueno es observarlo, fueron recogidos y desarrollados, en la doctrina marxista. Pero pesimista u optimista, es nota común de toda la escuela económica liberal su concepción naturalista-determinista del hombre y la sociedad, que se traduce en una supervaloración de lo espontáneo e instintivo, respecto de lo reflexivo y racional.

### Precedentes de esta tendencia

No es ello exclusivo de esta escuela económica. Los precedentes son antiguos y variados. Y ello, que a primera vista puede parecer trivial, cobra mayor relieve y significación a medida que es objeto de nuestra meditación.

¿A qué se deberá esta prolongada obstinación del espíritu humano en defender lo espontáneo e instintivo, a pesar de los fracasos que le ha producido? ¿Qué razones tendrá la razón para denigrarse tanto a sí misma, cuando no la sostiene la fe? ¿Por qué el fatalismo más absurdo y desmoralizador, seduce y deslumbra, no obstante sus tristes consecuencias? Y, lo que es más raro todavía, ¿cómo puede sostenerse este optimismo ingenuo respecto a la bondad natural del hombre, y de todas las cosas naturales, ante el cuadro desgarrador de crímenes e injusticias que nos presenta la historia? Porque el hecho positivo, es que estas posiciones han tenido y tienen adeptos. La experiencia ha demostrado siempre que el hombre abandonado a sus

instintos degenera y se convierte en un animal perverso, y que la razón es su parte más noble, y disfruta del don de poder dominar y modificar, dentro de ciertos límites, a los puros instintos, que convertirían el mundo en un caos. Esta experiencia la hacemos cada día en nosotros mismos, y en el mundo de nuestros semejantes, y la historia, experiencia de este hombre universal que, como dice Pascal, subsiste siempre, y aprende continuamente, nos la confirma. Y a pesar de ello continua esta rebeldía del hombre contra la recta razón, y siguen las apologías de lo instintivo y de aquel estado de naturaleza que tanto entusiasmaba a Rousseau.

Y mientras en el orden religioso, se propugna la más completa libertad subjetiva y una mística negativa que no es más que un «quietismo» exacerbado, en el campo filosófico se denigra a la razón, en el político continúa la obstinación de querer fundamentar todo el derecho en la simple determinación de las voluntades individuales, y en el económico social, se sostiene, aún, a toda costa, el dogma del instinto económico del hombre, como fuente de todo posible bienestar.

Estas tendencias, repitémoslo, no son de hoy. El cristianismo las encontró y combatió. Tanto es así, que podríamos decir que en este sentido, la historia de la Iglesia es una continua lucha para defender contra los más variados ataques, la verdad de la preeminencia de lo racional en el hombre, y su libertad para reformar, con la ayuda de la gracia, a su naturaleza caída.

### El racionalismo conduce al escepticismo y al determinismo

Pero es evidente que esta lucha se intensificó después del Renacimiento. Porque, aunque parezca paradójico, lo cierto es que a medida que triunfaba el racionalismo y el humanismo pagano, cuanto más se intentaba enaltecer a la razón y libertad humana, desligadas de todo vínculo sobrenatural, más se denigraba a la razón y menos se creía en la libertad. Piénsese, sino, en el sentido fatalista determinista de toda la Reforma, recogido después por el jansenismo, y que a través del positivismo del siglo XIX, ha llegado a nuestros días con el marxismo y la escuela liberal. Y en cuanto a la pobre razón, cómo estarían las cosas ya en el siglo XVII, cuando el propio Fénelon —temperamento inclinado al misticismo— hubo de defenderla, con aquellas tan enérgicas palabras, que serían susceptibles de desorientar, de no ser bien interpretadas:

«Carecemos aún más en la tierra de razón que de religión».

Pero es en el mismo Siglo de las Luces, en pleno apogeo del racionalismo, cuando triunfa el más completo escepticismo. Es entonces cuando se levanta la voz de Juan Jacobo Rousseau para hacer la apología del estado de naturaleza frente a la civilización, de lo instintivo y sentimental frente a lo racional. Para él, pensar es una enfermedad; el hombre es bueno por naturaleza, pero le ha corrompido la civilización. Sin ésta, el mundo sería un paraíso. Educar es todo lo

contrario de sujetar los instintos a la razón. Su religión es puramente sentimental. En él se encuentra, como en un símbolo, toda 'esta supervaloración naturalista de lo instintivo y primario que sólo puede conducir al anarquismo. Y Rousseau, pensador y hombre genial –es de justicia consignarlo– era, sí, un sentimental, con una hipersensibilidad enfermiza, pero a la vez era el prototipo del pensador racionalista. Se comprende bien la aparente paradoja, pues la razón abandonada a sí misma se aniquila. Ya lo decía también Fénelon:

«No cuento más que con la gracia para conducir la razón dentro de la razón».

Y, como el hombre es libre, porque es razonable, es lógico que con el naufragio de la razón, desaparezca también la libertad.

Con todos estos antecedentes, ya no resulta tan extraño que en el siglo pasado, en el pleno apogeo de lo que se ha llamado la revolución maquinista e industrial, apareciera esta flamante doctrina del liberalismo económico, que recogiendo el lema de los fisiócratas, proclamaba con el mayor orgullo: «Laissez faire, laissez passer, le monde va de lui même». Y ante la más deprimente miseria y revoltante injusticia, seguían con la misma cantinela: ¡Dejad que las cosas sigan su curso! ¡Es inútil cualquier intervención! ¡Todo sucede según leyes inmutables que el hombre no puede alterar ni suavizar! Los unos, ya lo hemos dicho, eran optimistas, esperaban del mal un mayor bien, y ante la más indigna opresión del débil, comentaban con aire de suficiencia: «Es la selección natural... es la lucha por la vida». Los otros eran pesimistas; para ellos, todo lo que pasaba, era fatal e inevitable, y, quizás, sin darse cuenta, sentaban las premisas del marxismo. Pero alegres, o compungidos, todos coincidían en la postura negativa y fatalista. Ya la conocemos. En realidad se puede resumir con un nombre: *naturalismo*. De lo espiritual, de lo razonable, no se ocupa esta escuela. Les basta un instinto de sociabilidad, de simpatía.

Pero ante la persistencia de esta tendencia ideológica, base esencial del liberalismo económico, cabe preguntarse: ¿Qué parte de verdad contiene? ¿A qué defecto o rebeldía humana da satisfacción?

Su parte de verdad, creo que puede resumirse diciendo que el hombre es un animal racional, no un puro ente de razón. Es lo que decía Pascal con profundidad y precisión:

«El hombre no es ni ángel ni bestia, y la desgracia quiere que quien quiere hacer el ángel, haga el bestia».

En este sentido toda la posición vitalista y sentimental puede ser, y ha sido, un buen antídoto contra toda clase de elucubraciones teóricas que tratan los problemas humanos, prescindiendo o desconociendo la propia naturaleza del hombre.

### **El orgullo, fuente del naturalismo**

Y reconocida esta parte de verdad, ya es hora de precisar que el vicio humano que inspira toda esa tendencia naturalista es el orgullo. Él es, el que inspira esta rebeldía de querer prescindir de todo lo que sea

sobrenatural; de empeñarse en negar los efectos del pecado original en nuestra naturaleza caída; de intentar cimentar toda la organización de la sociedad con el simple juego de las libertades individuales, prescindiendo de leyes trascendentes y objetivas; de obstinarse en creer, con un profundo sentido subversivo que el libre curso de los instintos del hombre, conduciría a una mejor y más justa organización económica, que la que se puede obtener con las leyes razonables que dominan y encaucen aquellos instintos, en beneficio de la comunidad. Esta actitud orgullosa encuentra en ella misma su castigo, y así su enaltecida libertad se reduce a un simple mecanismo de instintos, y en la práctica se anula a ella misma. Pero, a pesar de ello, seduce y capta voluntades. Es negativa, halaga los instintos y los más refinados egoísmos... y este es el mejor camino para ganar adeptos. Su consecuencia lógica es el anarquismo. Tal es, a mi entender, la base ideológica del liberalismo económico. Su desarrollo y consecuencias en el estricto orden económico y práctico, son fáciles de prever; pero, merecen capítulo aparte.

### **Principios económicos esenciales de la «escuela liberal»**

Todos los principios económicos de la «escuela liberal» se reducen, en esencia, a su conocida afirmación de que existen leyes naturales económicas, amorales como las físicas, y que son permanentes y universales. Con ser varias, pueden reducirse a tres: A) ley del interés personal, o principio hedonístico, según el cual, cada individuo busca el mejor bien, con el mínimo esfuerzo; B) ley de la libre concurrencia, y C) ley de la oferta y la demanda. Para esta escuela, dichas leyes son la última palabra de la ciencia económica, y no pueden alterarse o modificarse, sin grave perjuicio de todo el orden económico. La única política social que consideran aceptable es la que tienda a suprimir todos los obstáculos al libre juego de estas leyes. En nombre de ellas, se han opuesto sistemáticamente a toda intervención legislativa o estatal en el campo de la economía.

### **Crítica de los mismos**

Todo esto es perfectamente conocido, y si no interesa ahora el examen detallado del contenido de estas leyes, conviene, en cambio, hacer resaltar que una cosa es, que existan estas supuestas leyes económicas –más prudente y seguro sería, quizá, calificarlas de tendencias– y la otra, muy distinta, que estas leyes sean amorales, universales y permanentes, como las físicas. Porque, siendo la actividad económica una pura actividad humana, sólo puede sostenerse aquella afirmación partiendo de un concepto materialista y determinista del hombre. Y este es el caso de la escuela liberal, la cual, al querer explicar todo el mecanismo económico por las simples leyes del interés económico personal y de la oferta y la demanda, dentro de la libre concurrencia, se basa en una concepción determinista de la libertad humana. Olvida, y éste

es su grave error, que la voluntad humana puede, y muchas veces se decide, por motivos espirituales y racionales, que se sobreponen a sus tendencias instintivas. Y claro está que prescinden también, en absoluto, de la gracia sobrenatural como factor decisivo en el obrar humano. Puede, pues, admitirse, que existen leyes económicas en el sentido de tendencias generales en la actividad económica del hombre, pero si éste es libre, estas leyes no pueden ser tan exactas y fatales como las físicas. Y, lo que es más, siempre cabrá alterar y modificar, el contenido, y efecto de estas leyes, porque siempre cabe influirla voluntad humana por medio de una educación religiosa y moral. Y así resulta que admitido el libre albedrío, incluso para el orden económico, son de primordial importancia las leyes de la vida del espíritu, es decir la ley natural y la recta razón, reflejos de una ley eterna, de la que prescinde en absoluto el liberalismo económico. Este es el defecto esencial de toda la Escuela. Querer separar el orden económico del moral y religioso. Es querer separar lo inseparable.

Pero además es evidente que estas supuestas leyes económicas pueden ser modificadas e intervenidas en sus efectos y resultados, por una razonable intervención y organización. ¿Qué duda cabe? si esto se consigue con las mismas leyes físicas. Buena prueba de ello, es que, ya no para alterarlas, incluso para ampararlas, se necesita esta intervención. Porque se da el caso paradójico, que lo mismo la libre concurrencia, que la ley de la oferta y la demanda, se destruyen a ellas mismas, sin el amparo de una intervención autoritaria. Es lo de siempre: la libertad no puede existir sin autoridad; la anarquía conduce al despotismo. Y esto es lo que ha pasado en el orden económico. Como dice Pío XI en la encíclica *Quadragesimo anno*, la primera etapa del liberalismo económico, fue la libre concurrencia, y la segunda ha sido la dictadura económica.

### **Las dos verdades que niega el «liberalismo económico»**

Queden, pues, bien precisadas, frente a los dos falsos postulados de aquella escuela económica, estas dos verdades: Que la actividad económica —y por tanto sus leyes o relaciones más constantes— por ser una actividad humana, está influenciada por leyes y valores de orden sobrenatural, religioso y moral, y que los mismos efectos, más o menos constantes, de los instintos de la naturaleza humana, pueden corregirse y modificarse, mediante la intervención de la autoridad, con leyes, o sea con ordenaciones de la razón, dirigidas al bien de la comunidad. Todas las desgracias y miserias que ha producido, y produce, la aplicación de los principios del capitalismo, se deben a la negación de aquellas dos verdades. Ésta es la cuestión esencial. Todo lo demás que propugna aquella escuela, es, en este sentido, una cuestión accidental, y queda reducido a un problema relativo de oportunidad y conveniencia, que han de resolver los hombres de ciencia y los técnicos basándose en la experiencia.

### **La doctrina pontificia, refutación teórica del «liberalismo económico»**

Pero en aquella cuestión esencial, el liberalismo económico ha tenido dos refutaciones completas y acabadas. Una teórica y a priori, otra práctica y a posteriori: la refutación de las enseñanzas pontificias o la doctrina social de la Iglesia, y la de la experiencia.

Es natural y lógico. Si, como hemos indicado, al principio de este escrito, los principios filosóficos en que se apoya el liberalismo económico fueron siempre combatidos por la Iglesia, nada tiene de extraño que la base esencial de sus principios económicos haya merecido, también, su repudiación. Y repudiada ha sido de una manera clara y contundente en las dos célebres encíclicas de León XIII y Pío XI, la *Rerum novarum* y la *Quadragesimo anno*. En ellas se condena el error de querer sustraer la organización económica de la influencia religiosa y moral, y se defiende y recomienda la intervención del Estado para salvaguardar los supremos valores de la justicia, caridad y bien de la humanidad.

### **La confirmación de la experiencia**

Y la experiencia nos ha confirmado la excelencia de la doctrina pontificia. En efecto; hoy podemos ver con la suficiente perspectiva histórica cuáles han sido los efectos de este ensayo de querer organizar la economía sobre bases puramente materiales y amorales, con la piedra angular del simple instinto económico o egoísmo personal, evitando cualquier intervención de la autoridad. Ha pasado lo que era de esperar de una explosión de instintos, no controlados por la ley moral y la recta razón. Mientras por un lado, se han producido las mayores aberraciones de orden moral, llegándose a extremos en algunos casos peores que la esclavitud, la más absoluta anarquía ha reinado en el campo de la economía, derrochándose energías en una estéril y agotadora concurrencia, que buena falta hacían para atender a la satisfacción de las necesidades de una mayoría, carente muchas veces de lo más indispensable. Y el mal llegó a tales extremos, que la propia anarquía buscó el remedio en la dictadura económica de los trusts y uniones internacionales. Pero este remedio, si no ha sido peor que la enfermedad, poco le ha faltado. Y no es de extrañar. En la dictadura económica del gran capitalismo, continúan imperando los mismos principios de amoralidad y puro instinto económico de adquisición, aunque ordenados al provecho de una minoría triunfadora. Y lo que hace falta es una ordenación de toda la economía, basada en los principios de la ley natural y la recta razón.

Sí, la elocuencia de los hechos ha demostrado la verdad de las enseñanzas pontificias, y hoy en todos los estados —incluso en los más influenciados por la preocupación liberal— ha triunfado la economía intervenida, no sólo transitoriamente, para salvaguardar los intereses nacionales y patrióticos, sino de una manera permanente para conseguir una más justa y cristiana organización de la sociedad.

# CONTRAPORTADA

## La vida humana, don precioso de Dios

Mensaje de los obispos de la subcomisión episcopal  
para la Familia y Defensa de la Vida con ocasión  
del décimo aniversario de la *Evangelium vitae*

Hace diez años, el 25 de marzo de 1995, el papa Juan Pablo II publicaba su encíclica *Evangelium vitae*. La Iglesia, que desde los tiempos apostólicos proclama constantemente el valor de la vida humana, se esfuerza cada día con más intensidad para defenderla y atender a los más necesitados. En este servicio a la vida, la encíclica *Evangelium vitae* ha supuesto un hito importante.

En continuidad con las enseñanzas del papa Juan Pablo II, nosotros, pastores del «Pueblo de la Vida», damos gracias a Dios Padre por el don de la vida. En la plenitud de los tiempos nos envió a su Hijo nacido de la Virgen María, para que los hombres tengamos vida en abundancia; una «vida nueva y eterna, que consiste en la comunión con el Padre, a la que todo hombre está llamado gratuitamente en el Hijo por obra del Espíritu Santificador» (EV 1).

[...]

«Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó, y los bendijo diciendo: creced y multiplicaos» (Gen 1,27-28). El evangelio de la vida comienza con la creación de Adán y Eva, llamados al amor conyugal, y a través de su amor, a ser padres cooperando así de manera singular con la obra creadora de Dios.

El amor conyugal entre el hombre y la mujer, fundamento de la familia, es el lugar santo donde la persona es concebida dignamente. El hijo nace del amor de los padres y es invitado a participar en su comunión de amor. La familia es también el santuario donde la vida es acogida con alegría y celebrada en la vida cotidiana, enriquecida por las ricas relaciones entre los padres, los hijos, los abuelos, etc.

Estas familias son una magnífica proclamación del evangelio de la vida y un motivo para dar gracias a Dios: familias que a pesar de las crisis y momentos difíciles saben permanecer unidas en el amor, familias que a pesar de las dificultades viven generosamente abiertas a la vida, familias que sostienen a sus miembros más débiles o necesitados con su tiempo y sus mejores energías, etc. Todas estas familias –tantas de ellas cristianas– son un magnífico testimonio del valor de la vida y realizan un precioso servicio a la sociedad.

Este testimonio generoso de tantas familias es la mejor escuela para que los niños aprendan el valor sagrado de la vida humana y aprendan a respetar y promover la vida de todos, especialmente la de los más débiles. El gozo de la familia al acoger una nueva vida es la mejor proclamación ante los niños del valor sagrado de la vida concebida y aún por nacer de un nuevo hijo. Por ello la celebración del día de la vida puede ser una preciosa ocasión para que la familia tome más profunda conciencia de su misión de servicio a la vida.

[...]